

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

FASCICULO XII

El Molino de "Pelecha"



POSTRERA denominación de este gigante, vigía de Los Anchos, lograda después de caído y abandonado, merced al cuidado amoroso de Maximino Checa, el pequeño gran hombre, capitán del carbonillerismo alcazareño, recogedor de todo desperdicio y razonable conocedor de la importancia de sus menesteres ínfimos. Pequeño, cerrado de barba, de ojos diminutos, desde esta atalaya de la Vega Ocaña, sabía todo lo que entraba y salía del pueblo.

Su molino, el antiguo de las "Cenjoras", cuyo último molinero fué Trinidad Delgado, era menos atractivo que los de las "Santanillas" para los noctámbulos merodeadores de las carboneras y resultó natural que un hombre tan chiquitín y tan templado se sintiera atraído por la altura dominante y el apartamiento que respeta.

El hizo confortable el molino, aprovechando para camastros los rincones más resguardados, arregló el silo, acomodó a toda la familia y puso viña alrededor. Todo se perdió con su muerte y apenas si estos paredones y el barranco del silo, llenos de chinarras y plantas pinchudas, pueden dar idea del noble intento de Maximino para mantener con un mínimum de decoro la posición alcanzada en su azarosa vida.



Lo mínimo extraordinario



A muchos extrañará la constancia con que aquí se resalta la ejemplaridad de las vidas más humildes, pero es que constituyen la entraña de la vida alcazareña. Esta vida, falta de grandeza, carente de monumentalidad, tiene sus rasgos propios, engendrados por el conjunto de sus circunstancias: suelo, clima, producciones, caminos y caminantes. Circunstancias que son comunes a todos nosotros, pero ante las cuales cada uno adopta una actitud suya, personal, mejor o peor para sí mismo y para la comunidad, y son infinitos los casos en que la mujer, aparte de las labores propias de su sexo con que la empadronaban, tenía que cumplir con las obligaciones del hombre, absorbido por el truque, el zurrilla, la caza o el simple alcagüeteo.

Ninguna de estas mujeres sufrió extraños perjudiciales, ni siquiera las más expuestas por unas u otras causas, sin excluir su lustre y hermosura, de los que ninguna estuvo falta y todas hallaron en el trabajo la satisfacción digna de las necesidades de sus casas, muchas con holgura y bienestar y no pocas con fama y nombradía.

Una de esas numerosas mujeres alcazareñas, fué esta castañera que vemos en la fotografía,—Fernanda Martínez Testón,—mujer del «Cojo Cortés», que no tenía lo de tostar castañas en su tiempo como recurso accidental, sino que lo hacía, además y después de haber atendido la tienda, el estanco y la casa, para no estar ociosa los días festivos por la tarde. Y, bien con las castañas en los inviernos o con las alcagüetas y chupones el resto del año, era invariable su presencia en la esquina de la Cruz Verde, bien mirando a la Cruz o hacia la calle Ancha, según viniera el aire.

La fotografía está hecha en la parte de la calle Ancha, junto a la puertecilla que daba a dicha calle, con la que se solía proteger, así como con el “baleo” que ponía detrás de la silla.

Tostaba las castañas sin abrirlas, rociándolas con sal y se le reventaban entre la arpillera, quedando muy bien asadas. Tuvo cinco hijos, de los cuales llegó a casar a cuatro.

Patricio, tuvo un gran acierto en su elección y no se iría con queja de la vida, pues hasta la esquina llevó su nombre, sostenida desde dentro por los hombros robustos, incansables y valerosos de la Fernanda, que resultó una mujer de una vez.

*

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Abril
Del año 1962

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
DECIMO SEGUNDO

Alcazareñas,
del
Porcarizo



ESTAS viejas de hoy, parecen de ayer y de siempre, troncos y raíces de cepas, retorcidos, de tuétano negruzco y pulverulento, en los que la vida se conserva inverosímilmente en algunas vetas mesodérmicas que ocultan las cenizas de médulas fenecidas y se cubren por encima de cortezas resquebrajadas y medio sueltas. Más que ellas mismas, indica su modernidad la labor que realizan y el atuendo corporal, de toquillas, con que se cubren, pero es una modernidad injertada en lo añejo de sus figuras, que más que propia parece y es de sus antepasados remotos.

Ambas son vecinas de la calle de la Paloma.

La de la izquierda, María Teresa Flores Ramos, que estuvo casada con Juan José Ruíz,—“Cadenas”—hombre muy trabajador y tratable, aunque **secreto**, dice Isaías.

La de la derecha, María Pascual Medina, mujer del “Morito”—Celestino Mendoza,—hermano del que murió de rabia en el Parque, mujer muy diestra en capar pollos, a dos reales por barba, antes. Ahora ha subido la cuota, porque sigue ejerciendo.

La Teresa, todavía hace media.

Bella estampa,—singularísima en los tiempos que corren—la que nos ofrecen estas excelentes alcazareñas del Porcarizo.



ENTRE las efemérides de antaño, hay que recordar algunas singulares, únicas en la vida del lugar y bien centradas en los tiempos que consideramos. Aquellos en que Guerras,—D. Juan Alvarez Guerra, nuestro gran indiano,—Salamanca, el banquero y Ribas, el Marqués de Mudela, como empresarios, plantaron en nuestro suelo la Y griega del carril de hierro, con su rasgo inicial en Madrid y los finales, abiertos aquí, hacia Levante y Andalucía

Por ese carril vino todo, a partir de entonces, y los alcazareños se quedaron como asombrados.

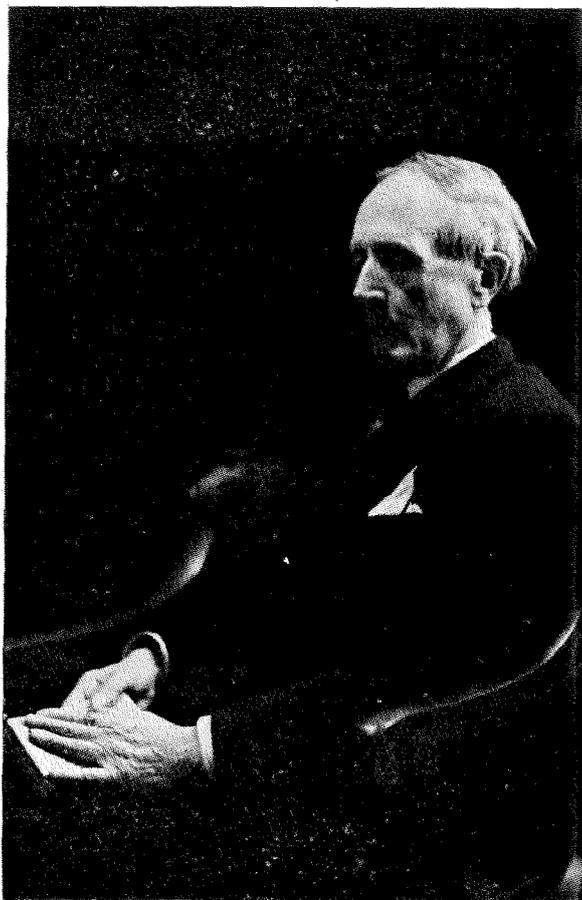
Además de Salamanca y Ribas, hombres de acción que nos dejaron la Estación y las bodegas, vino por ahí Salmerón, que rindió homenaje a su compañero de profesorado en la Universidad de Madrid, el alcazareño D. Tomás Tapia. Vino Canalejas, vino D. Melquíades, vino Gasset. Pasaron los Reyes y los Gobiernos miles de veces, bien notadas por la concentración de Guardia Civil que les precedía. Pasaron y posaron horas y horas los repatriados de Cuba, pasaron de continuo las tropas de África y pasaron infinidad de viajeros y mercancías de todas partes.

Alcázar se hizo al ruido de los vagones y al barullo de la salida de la Estación y contempló con calma todo lo que pasaba, cobrando por ello fama de apático e indiferente.

Entre esa indiferencia pasó un día, también, el Pequeño Filósofo, de aire ensimismado, con sus cavilaciones.

El hombre hermético iba en realidad enardecido, mirándolo todo, penetrándolo todo, queriendo descubrir hasta en sus huellas minúsculas la señal de todo mal, una verdadera locura en la que solo le había precedido aquel Caballero del Ideal, cuya ruta se decidió a seguir y no solo por La Mancha, sino por España entera, aunque fueran La Mancha y Castilla el solar predilecto de sus andanzas.

Venía de Levante, con la mirada hecha a las claridades mediterráneas y al verdor de los matorrales alicantinos y por aquí había de pasar, entonces y ahora, para ir y tornar a sus lares, recibiendo siempre el efecto alucinante de la estepa. No es extraño que sintiera la tentación de apearse de aquel tren mixto de a treinta kilómetros por hora para correr a pie los caminos que veía desde la ventanilla y que el gran libro del Hidalgo le había mostrado como los incomparables de la quimera.



Alcázar

¿Qué vió y con quién se encontró el Pequeño Filósofo?

Se encontró, sobre todo, con Alcázar de San Juan, en el cruce de todos los caminos, los de hierro y los de tierra, y le nombró Capital Geográfica de La Mancha, haciéndole gran merced, a usanza de los grandes caballeros, enderezadores de entuertos y defensores de la Justicia.

Se encontró, también, con una familia de campesinos,—campesinos por ser del Campo de Criptana,—joviales y fantásticos, aunque ellos se llamaban Sanchos; los hermanos de José María Gómez, el de nuestra Dositea, que con nombrarlo basta.

En su final de la RUTA, que fué en Alcázar, no se acordó Azorín de mentar a José María, cosa extraña por la larga convivencia que tuvo con sus hermanos: Bernardo, el boticario de Criptana y maestro de la Música, verdadero creador del espíritu filarmónico criptanense que perdura y autor de aquel himno a Cervantes, del que habló con insistencia y tocó reiteradamente en el armonium del Cristo de Villajos, durante la romería memorable que prepararon para agasajar a Azorín entre D. Bernardo, D. Pedro, D. Victoriano, D. Antonio, D. Jerónimo, D. Francisco, D. León, D. Luis, D. Domingo, D. Santiago, D. Felipe, D. Angel, D. Enrique, D. Miguel, D. Gregorio y D. José, con larga fila de carros y galeras, provistos de gavillas y sartenes, música de caracolas, abundante merienda y bota.

El otro Gómez era Carlos, el boticario de Argamasilla, presidente de su Academia cuando el Maestro Azorín inició allí «La Ruta de D. Quijote» y se encontró, como el pez en el agua, «entre aquellos hombres tan amables, tan discretos, tan sencillos,—D. Cándido, don Luis, D. Francisco, D. Juan Alfonso y D. Carlos»,—que entre los olores de la botica mantenían «un hálito de arte y de patriotismo» localista, siempre temeroso de que los eruditos, alentados por los rencores pueblerinos, pudieran negar a Argamasilla el honor indiscutible de ser la patria verdadera de Don Quijote.

Azorín recorre el campo manchego.

Hace jornadas largas que comienza temprano, como Alonso Quijano el Bueno: «a la del alba sería».

A las seis de la mañana sale de Argamasilla hacia el Puerto-Lápice, con Miguel, en su carrillo destartalado, tirado por una jaca microscópica. El maestro Azorín ama esa hora, en verdad única, en que, «el aire es diáfano y hay en la atmósfera una alegría, una voluptuosidad y una fortaleza que no existen en las restantes horas diurnas».

«La jaca corre desesperada, impetuosa, por la llanura infinita, por la llanura desesperante» y a eso de las once, después de cinco horas sin ver más que algún cuclillo por los majanos, el Maestro Azorín entra en reflexiones sobre lo que pensaría Don Quijote cuando en aquella mañana ardorosa de Julio «iba por estos campos a horcajadas de Rocinante, dejadas las riendas de la mano, caída la noble, la pensativa, la ensoñadora cabeza sobre el pecho» porque «solo recorriendo estas llanuras, empapándose de este silencio, gozando de la austeridad de este paisaje, es como se acaba de amar del todo íntimamente, profundamente, esta figura dolorosa» y se comprende que «Alonso Quijano había de nacer en estas tierras y cómo su espíritu, sin trabas, libre, había de volar frenético por las regiones del ensueño y de la quimera».

Y en esas meditaciones traspuso Villarta, sobre las dos de la tarde. A las cinco entró en el Puerto y en la posada de Higinio Mascaraque, ilusionado con alcanzar la venta donde Don Quijote fué armado caballero.

El cuarto que ocupa Azorín en la posada es pequeño, sin ventanas y se pone a escribir a la luz de una vela, ¡después de once horas de carro!. Su abnegación queda bien probada.

A las seis de la mañana sale de su cuchitril y a las siete ya estaba en casa de D. José Antonio, el médico del Puerto, hombre impregnado del effluvio quijotesco, como todos los hallados por Azorín en su RUTA.

Van al lugar donde estuvo la venta y examinan el solar haciéndose consideraciones sobre los encuentros que tendría Cervantes en la venta «con pícaros, mozas de partido, cuadrilleros, gitanos, oidores, soldados, clérigos, mercaderes, titiriteros, trashumantes y actores» las veces innumerables que en ella estuvo, y se despide de D. José Antonio, hombre de achaques incurables, al que ve alejarse con la tierna simpatía de lo que camina hacia su desaparición.

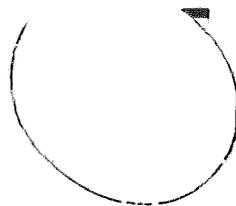
Azorín nos hace gracia del molimiento de su viaje de vuelta del Puerto y nos pone camino de Ruidera, donde se nos presenta en el mesón de Juan, después de ocho horas de tumbos y traqueteos en el carrillo de Miguel, para ir en busca de la cueva de Montesinos, a donde se encamina muy de mañana a lomos de rocines infames, a monte traviesa, en un día tenebroso.

Todavía había de hacer Azorín otra caminata en carro, desde Crip-tana a El Toboso y hallar otro grupo de cervantistas, los más acérrimos y menos académicos: D. Silverio, D. Vicente, D. Emilio, D. Jesús y don Diego, cuya indudable relación con el autor del Quijote, queda patente desde el momento que allí se le llama sencillamente Miguel, como es de rigor en todos los pueblos manchegos para los nacidos en ellos y no fué poco que D. Silverio transigiera con que Miguel fuera de Alcázar y que lo fuera también Blas, su padre, aunque no el abuelo, porque el abuelo de Miguel es de El Toboso, sin ninguna duda.

Azorín quiso echar la llave de sus correrías en Alcázar de San Juan. Llegó en un día infernal, de aquellos que decía D. Magdaleno que no andaban por la calle más que los médicos y los perros, de viento huracanado y frío, de impetuosas polvaredas que sujetaban al viandante en la calle desierta y le cegaban, envolviéndole en remolinos enloquecedores y no vió más que algún labriego liado en su manta y alguna mujer con la saya cobijada hasta las narices. El Casino desierto, con las estufas apagadas, sin nadie que atendiera sus llamadas. La Fonda también sin lumbré y su cuarto helado, donde al dejarse caer en el asiento sintió «todo el tedio, toda la soledad, todo el silencio, toda la angustia de la campiña y del poblado».

Pero Azorín no ha olvidado a Alcázar de San Juan, ni ha olvidado nada del suelo español sobre el que arrojó abundante semilla y al ver, aunque sea por casualidad, algo que pueda semejar algun brote ignorado de siembras olvidadas, aflora en su mente el recuerdo de sus antiguas andanzas, ahora llenas de ternura y simpatía, y escribe, como soñando: «Alcázar de San Juan...»

Y Alcázar se lo agradece, Maestro Azorín.



La Placeta de la Bolsa

En realidad la primera travesía de la Puerta de Cervera, paso transversal frente a la portada de Alcolado,—El Molinerillo Hermoso,—por la casa del tío Joaquín Vela, hacia las casas del tío Camacho, «el Huertero», «el Morenís» y Tello, hasta la Carrasola y el campo, evitando tener que ir hasta la esquina de Justo «el Polvorista» para volver hacia ese lado.

A la mano izquierda de este recorrido, la acera del sol hace una gran bolsa desde luego, especie de corralón inmenso, después cercado de casas y convertido en Plaza, un poco aislada de todo pero comunicada por sus ángulos en



la forma dicha y, además, por el otro pico de la acera del saliente, con la Plaza de la Justa, formando entre las dos y su comunicación una especie de ocho o reloj de arena.

La Bolsa, desde luego tiene, con relación a la Justa, un carácter subalterno desde su origen y tal vez el formarse la bolsa y casi cerrarse, fué una forma de protegerse de la soledad del campo inmediato, porque el pueblo se acababa en los corrales de estas casas, pues las portadas de Juan Tello y «el Galgo», eran las últimas hasta que se empezó a hacer lo de Patricio «el Embustero» y demás vecinos, hace cuatro días.

El ambiente de la Placeta de la Bolsa fué siempre de pobreza casi extrema y su personalidad representativa Francisco Rubio, recordado por muchos con admiración.

En los casinillos solaneros se ponen de manifiesto el carácter y las condiciones de cada uno y se otorga un fallo tácito que es el sambenito distintivo durante toda la vida.

Antes, en época de elecciones, se decía y era verdad, que los Ayuntamientos se elegían en el Casino, pero cuando al Casino no iban más que los señores, que nunca mostraron un gran espíritu de sacrificio, la elección o selección se iniciaba en esos corrillos, de una forma sencilla y elemental, pero libre y con efectividad irreprochable: cada uno se

definía con sus palabras y sus juicios, que revalidaba o no con su conducta y los demás lo oían y observaban, calando hasta lo más hondo de su alma y calificándolo como merecía, sin ningún género de dudas. La confianza o desconfianza que se disfrutaba y sus infinitos matices eran obra de uno mismo, de su expresión y,

sobre todo, de su actuación, de la relación entre su boca y su corazón, lo cual tenía, tiene y tendrá siempre, inmensas ventajas para el conocimiento y la corrección, por ser inapelables y estrictos los verdicetos populares difundidos por el ambiente general, incruentos pero justos, que es lo propio del hombre civilizado y lo que le obliga de verdad al bien obrar.

Pues bien, al hombre representativo de la Placeta de la Bolsa, se le reconocían por el tribunal supremo de sus vecinos, condiciones de eminencia de esas que sepa Dios dónde hubiera llegado con estudios.

De motu propio él era leído y sabía muchas historias, pasándose días enteros en la era de D. Alvaro, al abrigo del cuartillo o de la paireta, comentando con los consumistas u otros esforzados, lo que ponían los libros que manejaba, porque Francisco, ya se vé, nació con una conformidad grande y una intuición profunda de que teniendo que morir al cabo, no había por qué matarse antes. Por algo tenía aquella cabeza horonda, que destacaba de su cuerpo fornido y rechoncho de gran cabezudo, como si los sesos se le hubieran ido haciendo agua desde chiquitín.

Tuvo algunos contactos con los albañiles y le quedó la enseñanza del blanqueo, en lo que no cuajó de lleno por culpa de la filosofía, que siempre hace dudar. Le avisaban, se acercaba a ver la obra y encargaba que le pusieran un pucherete para comer. Iba por la mañana, con bastante sol, para no dejar «santos», e ilustraba todos los pasos que daba con las historias del año VIII, que le bullían en la sesera, embelesando a las parroquianas hasta la hora de comer, jamás aplazada por ningún albañil.

Después de comido y bebido,—requisito este sine cuanon,—se le resistía coger la brocha de nuevo y pedía que le pagaran los seis u ocho reales de la cuenta, alegando su falta de ambición y que teniendo bastante para el día, para qué quería más. Lo que queda por enjalbregar ya lo haremos otro día, solía

decir, o bien: eso poco, que lo den las mozas en un rato, y se iba.

Como buen estoico, se mantuvo mozo y vivía en una camarilla, con sus papeles y una capuchina para alumbrarse.

El aprendiz del marmolista que había orilla, Lorenzo Marchante, le observó mucho y le guarda una devoción insuperable, aunque reconoce que era un poco descuidado y que los libros estaban mal conservados, libros, dice, que ahora valdrían un dineral, pues Lorenzo no está escaso de imaginación tampoco. Con aquellos libros se le podía preguntar cualquier combinación para un viaje, pues se sabía España palmo a palmo. Y en historias era «célebre». El «Quijote» se lo sabía entero. Tenía «ajustadas» las horas que había trabajado en su vida y se calcula que no llegarían a dos años de trabajo en total, de lo que se infiere que no era tan simple Francisco, porque vivió más de sesenta años.

Sus momentos más inspirados los tenía estando a «medios pelos», porque con un vaso demás, cosa nada infrecuente, no aclaraba bien su sabiduría, según Lorenzo que lo trató a fondo y no sale de su asombro de cómo podría tener tanta memoria y explicarlo todo como un maestro.

El aire de esta Placeta, siempre arremolinado, se conoce que contraviene el orden de las cabezas, por lo general confusas y de cauces quebrados, pudiendo haber sido claros y expeditos.

S U C E D I D O S

VALENTIN, el de la Alameda, iba a casa del amo,—«el Maestrín»—, y le decía a la hermana Luciana:

—¿No tiene usted por ahí un poco aguardiente?

—¿Para qué lo quieres, hombre?

—Para un poco reuma que tengo en este brazo.

Se lo daba, se lo bebía y se echaba el vaho en el codo, frotándose con la mano zoca, mientras garraspeaba y suspiraba hondo, denotando el alivio que experimentaba con la friega.

Tolosa le quitó un gato las sardinas del almuerzo y dijo:
—A este, lo cazo yo.

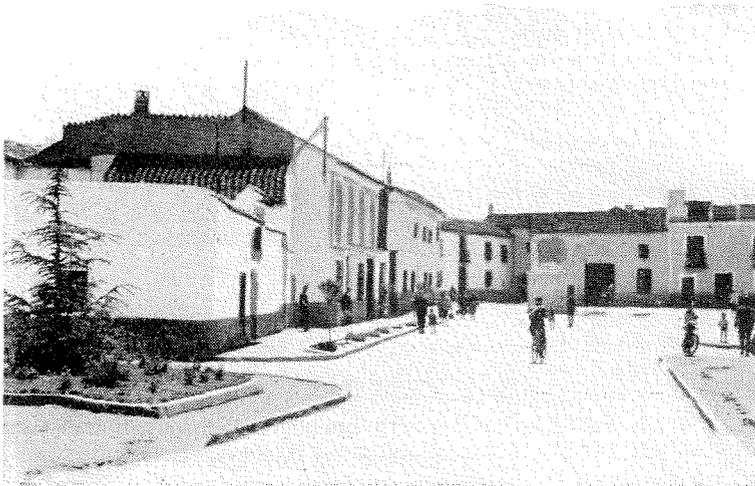
Y se puso a esperarlo con la mano en el tirador de la puerta, para entrampillar lo.

Al verlo de llegar, puso tanto empeño en seguirlo, que metió él la cabeza entre el cerco y la hoja y al tirar con toda su fuerza se la cogió y lanzó una exclamación furibunda.

Calle del Mediodía

PARECE un gran salón esta calle, siempre llena de sol, del sol del mediodía, que le da nombre acertadísimo.

Se sale a ella desde arriba por dos cañones estrechos que bloquean el chaflán de Barco, donde Lope tuvo la ferretería: la calle Resa y la calle de la Tahona, de las que el rectángulo del Mediodía es un respiradero grato pero corto,



porque al salir, generalmente hacia el cementerio, hay que empezar a hacer regates otra vez. ¡Claro, que para el caso, lo mismo da!

Los menestrales del barrio eran Carretero y Sánchez, con la gran carpintería, Julio Camacho, que también tuvo allí la suya, José «Culón» con su tienda y Gude el sastre, alto, un poco rojizo, duro de oído y más presumido

que «Churripitos», con aquellos trajes ceñidos, de pantalón abotinado y bota española, que eran el asombro de las gentes. Tenía el obrador en la casa del tío «Faquichorro», enfrente de «El Cielo».

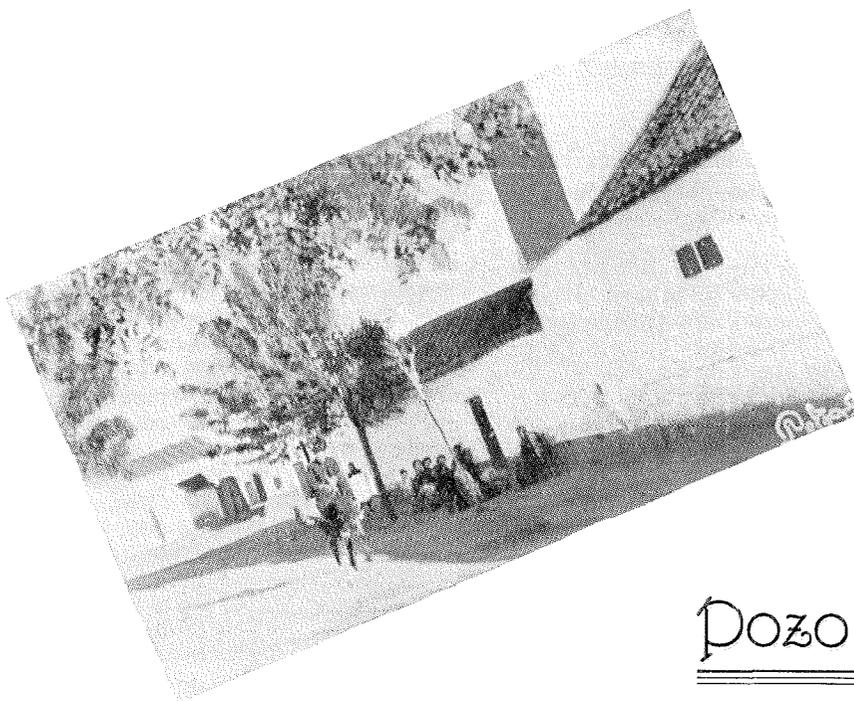
Es típico en esta calle el rincón de «Chinas», del que es esquina la casa de Gumersindo Alberca, con su fragua, frente a la del «Cadáver» y en el ángulo opuesto la Torrecilla, que nadie vió ni recuerda, más que por el eco de su nombradía.

Se conserva en ella, venturosamente sin cambiar nada, la casa de la Elisa, la nieta del tío Inocente el barbero, hija de Manuel, casa conocida por la de la Virgencilla, que ya se publicó en otro cuaderno de esta obra. Es la primera de la izquierda, esquina a la calle Almagueta.

En la esquina del rincón del herradero, era figura notable Venancio «el Jarillo», por la rubiezh de sus pestañas y quietud inalterable.

La calle es hermosa y pasajera, pero no todo lo alegre que cabía esperar por el cruce, continuo, de los que van a «Chaleco». Siempre está concurrida, pero es una concurrencia entristecida la suya.

C



Dozo Cardo

ESTAS callejas, de aspecto berberisco, fotografiadas con singular acierto por «Pitos», se encuentran en los atrasares del lugar, dando al medio día.

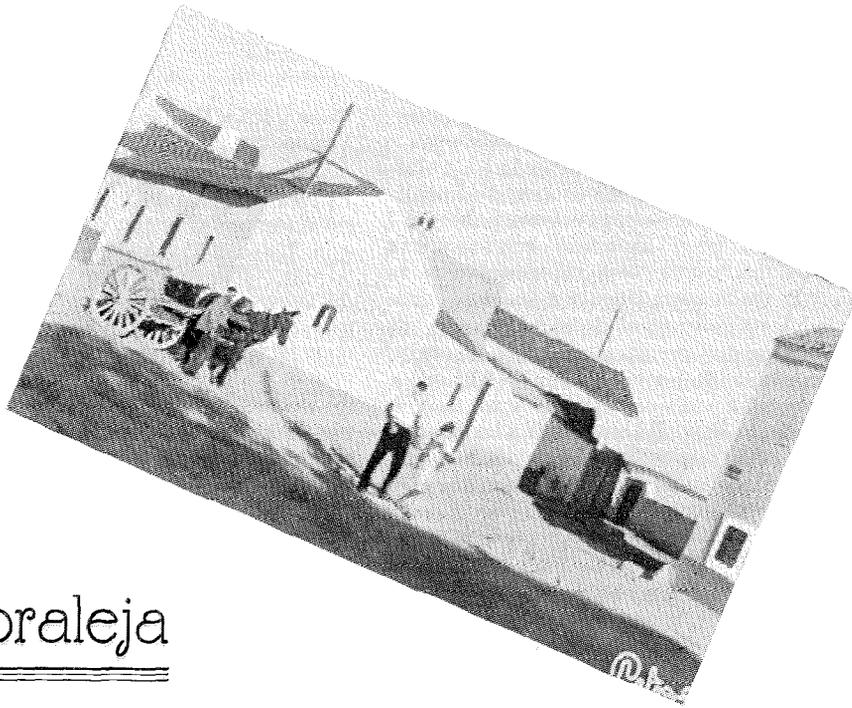
Sus nombres son de los buenos, de los que cuadran con la perspectiva de callejones cortados por muros terrizos y monótonos, de máxima rusticidad, en un suelo cualificado por las resultas que el uso le fué imponiendo.

Son dos cuadros, de aspecto musulmán, que remueven los sentimientos ancestrales de la raza. Tal es su hechizo misterioso de cosas que no existen, pero que sin embargo se perciben.

Esa pared de la portaílla es un lienzo velazqueño. Enjalbegada sobre el desconchado, magnífica y sin huecos, tiene una espiritualidad extraordinaria, a pesar del estorbo de los árboles, que no podían darle nada, ni sombra, porque la tiene, y sí, en todo caso, hacérsela mala, como se la hacen, limitando su contemplación.

Esa pared, como las del cuadro inferior, son verdaderos espejos.

Una pared blanca, dicen que era para Leonardo el mejor espejo de la luz y del color. Y aunque en La Mancha no resalte tanto como en Andalucía la albura de los muros, ni estén tan rechinantes como allí, el silencio, el apartamiento que emanan de esa pared, nos habla de abs-



na y Moraleja

tracciones imaginativas y contemplativas de sus moradores que, en efecto, ven de pasar la vida, como el árabe, sentados en la puerta de su casa.

Es de día y con buen sol todavía, pero quitados los transeuntes, «Hormiguica» con su carro, el yerno del tío Gabino Chocano con su borriquillo de la leche y Anibal con la chica, nada nos impediría suponer que estábamos viendo una noche de luna tetuaní, de las que describía el Dr. Juarros en su «Ciudad de los Ojos bellos».

Sin esos cuatro transeuntes, que son cuatro justamente, la quietud y el silencio serían absolutos; un silencio de eternidad en el que apenas si las sombras alteran la uniformidad deslumbrante de la claridad celeste que encoge al hombre y le sume en su pensamiento, abatiéndole contra su choza, pero un poco fuera de sí mismo, como si soñara, desbordada la imaginación, como la del hidalgo.

Tened la seguridad que Cirilo, el lechero, va echando sus cuentas montado en el rucio, sin reparar por dónde va ni con quién se cruza y que «Ganchín» y «Rabín», sentados en su puerta, ven a los que pasan como sombras, devanando la madeja de su pensamiento propio.

Ese es el valor de estas paredes, el ser espejos opacos de vidas concentradas que no buscan el verse la cara y cuya sombra se proyecta en los muros o en el suelo, con el sol o con la luna, como fantasmas errantes de un mundo quimérico, silente, indescifrable.

Placeta de las Medallas

Gumersindo Rivas el albañil y da frente al taller de los «Josesi-

llos», los Muñozes, en la calle del Verbo.

ESTA casa de la izquierda ha quitado a la Placeta el aire de humildad que siempre tuvo y del cual es indicio bien calificado la rinconada del frente, con el corro de mujeres y la cuerda de la ropa puesta a secar.

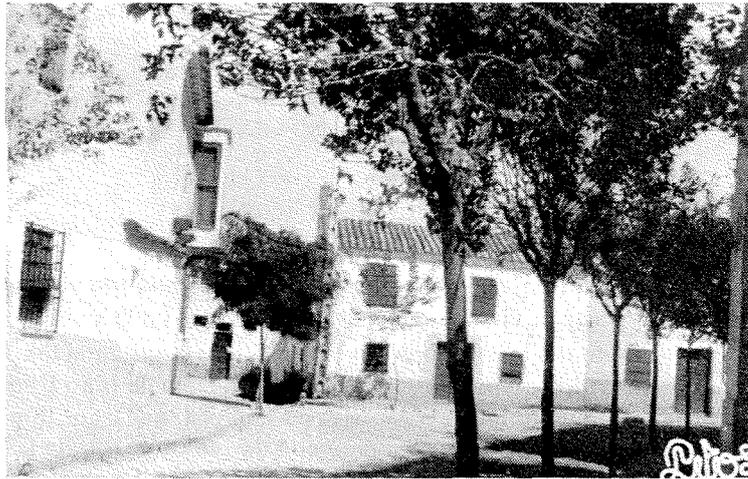
No fué nunca, el de esta Placeta, el ambiente de corraliza que tienen otras. Su proximidad a la Estación obligó a aprovechar más el terreno y el mayor vecindario le hizo tener una vitalidad y un tránsito superiores, que llegaron a despersonalizarla completamente. De ello son una prueba concluyente los miradores que lucen las casas que se ven aquí.

Es un paraje de delimitación difícil que debió absorber más espacio para evitar confusiones y aún superposición de nombres, hasta la casa de «Man-sota» tal vez.

Va quedando poco típico aquí. Lo más castizo es el nombre, que bien merece el respeto de las generaciones venideras.

A este rinconcete, tan soleado por las mañanas y prima tarde, muy abrigado, le decían «El Casinillo», en el que nunca faltaba de qué hablar. En él le dieron el susto al «Barbero el camarero», Eduardo Carrasco Gómez, tan negro siempre, pero aquella noche más, los sujetos que salieron a él cuando volvía de su trabajo por la madrugada a pedirle la «pasta», amparados por la oscuridad de la noche, pues allí no había luces y desde entonces las hay, porque Eduardo fué por la mañana a ver al Alcalde, que accedió a poner una bombilla encima de su puerta y todavía está. Esta puerta era la trasera de la casa de la Francisca del «Pití», que se casó con

La Placeta hay que adivinarla casi. El frente, formado por las casas de Valle y Perico «Pelos», es lo más visible de ella. La casa de Valle,—José del Valle Almat,—esquina a la calle Pineda y la de Perico esquina al rincón, donde después vivió el «Jaro el Tambor»—Manuel García, que se casó con la Casilda Barrajón, sobrina de la Francisca, mujer de Perico y tía de Leonardo Castellanos el zapatero,—que formaba aquellos bailes con las mozas. Antes de empezar a tocar, las muchachas tenían que



juntar las tres perrillas que valía el medio litro de vino y el rasqueo de la vihuela duraba hasta el último trago.

En los tiempos de Perico «Pelos», que tenía una tabernilla, estaba siempre el truke en marcha, con Gregorio Bolaños, Crisóstomo el «Horrible», que murió violentamente en una discusión en la Fábrica de Harinas, Mariano Romero, «Pájaro», «Bolúa» y el «Chato el Ñoño», cuya mujer, la «Colorina», iba a llamarlo para acostarse a las dos de la mañana y le decía:

—¡Vente, hombre, que se está ahorcando el borrico.

Y él, le contestaba:

—Quítale tú la sogá. Y seguía re-trucando.

Muchas veces se ponían en mitad de la Placeta en el buen tiempo.

El "Noño" era muy aficionado a la caza de las palomas y cuando la puntería se daba bien, las cambiaba por naranjas, que luego vendía en Criptana.

Bolaños era padre de la primera mujer de "Pájaro", maquinista de la fija de Quero, que luego se casó con la Elisa la "Traca".

"Bolúa" fué uno de esos casos de apodo tan certero y tan metido en el alma de la gente, empezando por él mismo, que ni sus hijas sabían cómo se llamaba y una vez que su madre, hablando con ellas, les dijo que su padre se llamaba Antonio,—Antonio Pedrero Parra.—la Josefilla dijo que le gustaba más Bolúa, y tenía razón.

La casa de "Tinguilangue" era la portada del tío "Bolecas", y en la de Cencerrado vivía "Pájaro", Deogracias Jaramillo, a continuación, que se murió mozo; y seguidamente la casa de Ramoncillo Viejobueno, que fué donde volcó la caldera de la luz de la calle de Pascuala y casi derriba la casa, por lo que cantaba la gente:

"Ni que digas que sí,
ni que digas que no;
la caldera ha volcado
en la puerta Ramón".

Como si estuvieran dentro, salían a ella Francisco Mata y Manuel el "Cabrero" con sus gentes, que eran de humor y simpatía, y ya en la Placeta la María la "Rula", muy servicial y Laureano el del tío "Periquillo", yesero de los heroicos que se pasaban la vida de noche, en la carretera del Tomelloso.

Entre medias hay una familia muy antigua, la del tío Redondo y la Josefa Castillo, la hija de Eusebio el "Zarce-ro" de la Placeta de las Medallas.

El hermano Julián Redondo y la Josefa tuvieron tres hijos, Juan, que se casó con la Francisca Ortega, la hermana de Isidro el cabrero; Fernando el de la Quiteria Tejado, hermana de Antonio el barbero, el cumplidor de las órdenes testamentarias de D. Manuel Manzanque para confirmar su muerte y Eugenio el sillero y la Pura, mujer de Rafael Avilés el maquinista. Este y el tío Valle formaron pareja mucho tiempo con la máquina 87, y fueron los que inauguraron la línea desde Argamasilla de Alba a Tomelloso.

El tío Valle fué un maquinista de primera, muy campechano y atento a su servicio. Dice Rafael que tenía buenas amistades y buenas compañías. El inauguró los puentes de Despeñaperros, que fueron relevados para cuando viniesen las máquinas gordas, las mil ciento. Era un maquinista de confianza, al que se le encomendaban servicios delicados; los trenes de compromiso o cualquier acto de responsabilidad.

En medicina era de la escuela de «Chichín», con un jarro de vino cocido y acostarse con la cabeza arropada, arreglaba los costipados en 24 horas y desde el día siguiente recetaba tajada y trago.

Si se daba un martillazo contra el freno, cuenta Simón Reguillo, se metía la mano en el sobaco, repretándose, y enseguida le pedía al fogonero que sacara el barril y le echara un poco de vino, agregando:

—Y si no échalo por la boca. Y se le pasaba al instante.

Nunca se le vió con el capote puesto, si lo llevaba era colocado sobre los hombros.

No quería cortinas en la máquina, para ver bien los obstáculos de la vía y cuando le decían:

—Hermano Valle, ¿por qué no lleva unas cortinillas para quitarse el aire?
Contestaba él:

—La carne fresca no se echa a perder.

En Manzanares se juntaba con Perico «Coraje»; el capataz, y se hacían unas gachas con un picante para almorzar, con un cubo de aquellos de madera, lleno de vino, orilla y cantandillo y hablando daban fin de todo. Pasaban los que iban a su tarea, embozados hasta las narices y decía Valle:

—Adiós, fulano, ¿qué te vas a poner cuando haga frío?

Le temblaba un poco la barbilla al hablar.

Se lavaba los dientes con agua de jara, que está amarguísima pero que de verdad fortalece las encías como ninguna otra cosa.

Alguna vez, le decía Perico «Coraje», un poco reparoso:

—¡No vamos a comer tanto tocino!

—¿Por qué?

—Porque ería albúmina.

—Más albúmina crían las sardinas salás, decía él.

De las verduras, le gustaba el repollo, un pollo sobre otro, de los que muchos días le subía a la Paz el mayor que había en la Plaza.

Contra lo que pueda parecer, era un hombre muy razonable y cabal.

Una vez le llevaron a un hijo un poco bebido y dijo:

—¡Entrarlo por ahí, que todos hemos sido chicos y hemos gastado sa-yejas!

Un jefecillo lo trató un día de animal y le replicó:

—Yo seré animal, pero tú te vas a morir como los gitanos, con todas las verdades dentro del cuerpo, porque no has dicho más que mentiras en tu vida.

Se le casó la chica, —Joaquina, — con Heliodoro Abad, el sobrino de Inocentón y de la Cayetana, con el que nunca se llevó bien, como era natural.

Heliodoro fué un niño mimado, criado por tíos solterones, estériles y ricos, en la posada de la Plaza.

En la escuela de D. Cesáreo era comparable a los hijos de Sánchez Templegue, aunque de inferior calidad.

La posición del niño fué reflejada como nadie se podía esperar en el libro «El Camino de Don Quijote», cuando August F. Jaccaci, su autor, vino de Nueva York a España, allá por el año 1900, y estuvo en la posada que la halló «la mayor de cuantas había visto y gobernada a la antigua usanza española», por el ama, «gorda, monumental, con una cara igual a la de un senador romano, que andaba por todas partes, avizorándolo todo, buscando los pormenores, dando órdenes imperativas, que sonaban estridentes como una corneta. El amo, con su llavero colgado a la cintura, inspeccionaba el despacho de vino y cortaba la carne para la comida. El ama, a pesar de su gordura, se encontraba en todas partes, iba detrás de todos, instigándoles al trabajo, colocando una silla en su sitio, moviendo unos cazos, gustando las comidas, añadiendo sal, quitando agua, riñendo a las brujas y todo a voz en grito». Sin embargo, observa mister Jaccaci, el verdadero amo de la posada era un niño de unos tres años, mimado, precoz, el Benjamín de la casa. Para él había una criada especial, una mujer

guapa, que llevaba una falda de color de naranja, medias rojas y zapatos negros. Esta pobre muchacha vivía en un continuo sobresalto y sus mejillas se coloreaban a cada trastada del niño, de cuyas travesuras era ella irremisiblemente la responsable».

No puede ser más gráfica la descripción del ambiente que envolvió a Heliodoro, hecha por un inglés, el cual tampoco dejó de consignar que, «a pesar del inevitable descuido, el lugar en que estaba en ese momento, la posada de la Cayetana, tenía un inconfundible aspecto de prosperidad».

Heliodoro fué fiel a la enseñanza recibida hasta el final de sus días y vivió sin responsabilidad de ninguna clase, menospreciando el dinero, las alhajas y hasta su propia persona.

El tío Valle, en cambio, era catalán por su madre, sobrina del general Villacampa o pariente próxima y asturiano por su padre, de Oviedo, que fué de los que inauguraron la vía de Madrid a Alcázar. Tenían cinco o seis hijos, que fueron hechos al trabajo desde pequeños y el hermano José, además, resultó poseedor de un carácter íntegro, reforzado con el hábito del cumplimiento del deber, hasta el punto de que si llevaba un fogonero que no cumplía lo echaba abajo y seguía él solo en la máquina, después de arrojarle al suelo el cajón de la ropa,

Y para jubilarse, con setenta años, tuvieron que imponerse todos los hijos, porque no quería.

No pedía nunca permiso en la Estación y hasta cuando se casaban los hijos le gestionaban la licencia indirectamente y sin que se enterara, porque él iba a la boda si le tocaba de descanso, si no, no.

No había manera de vestirlo majo.

Decía que en casa de los «probes», con el agua se hacía caldo.

Cuando ya se enfrió el matrimonio, como es de ley, llegó una vez un pobre a la puerta, diciendo:

—La paz reine en esta casa.

Y salió él contestándole por lo bajo, aludiendo a su mujer.

—¡Así no la hubiéramos conocido!

Es fácil imaginar las discrepancias de todo orden que debía haber entre el suegro y el yerno y lo que sufriría el pobre Valle con aquel atrabiliario, que

en una ocasión, por no tener ya otra cosa, hasta le dió el reloj a un cochero para que lo paseara por las calles de Madrid.

Cuando lo vió de cuerpo presente, le dijo:

—¡Allá te juzguen; por mi parte, perdonao vas!

Y cuando al poco tiempo de morir Helodoro, bajó a la Plaza, reinando un fuerte temporal de lluvias y le dijeron:

—¡Hermano Valle, buen tiempo. Con lo que está lloviendo, va a salir todo lo que hay debajo de la tierra!

El contestó:

—Todo, pero que no salga mi yerno.

Una vez lo mandó la mujer a la Plaza a por la carne del cocido y se juntó con Juanillo Requena, el maquinista cordobés que vivía en la casa de Carballedo y

le hacía tantos ascos al vino. Se metieron en la taberna de Bernardo Campo, asaron la carne y se la comieron, yéndose a sus casas a las dos de la tarde.

La Paz que estaba esperando, se lo reprochó y él se excusó diciendo:

—Yo ya he comido cocido. Vacía tú el puchero y come, también.

En el Depósito le preguntaba el encargado:

—¿Qué ha puesto usted de reparación, hermano Valle?

Y él decía:

—Que repreten los aros del barril, que pierde.

Contestación muy apropiada, porque él vivió siempre con los flejes bien sujetos, sin aflojarse los aros ni irsele por la holgura el gas que le engendraba la obligación.

ESCUELANTE del señor Bernardo, «instructor» luego, pasante después y establecido por su cuenta al cabo con escuela propia, aprendió el oficio de maestro machacando, cual los demás muchachos del pueblo, en las restantes ramas del artesanado.

Desde los tiempos del señor Bernardo, ya tenía señoría Higinio, porque aquel vibrante maestro hizo señor todo lo que le rodeaba, desde su mujer, la señora Ramona, cuya cabeza no era para estar en la escuela, ni fué a ella jamás.

Tuvo otro ayudante más caracterizado, el señor Casimiro, que hizo mucho en la preparación de futuros estacionistas, como ya era él, pero el verdadero continuador fué Higinio, Higinio Fernández.

Era hijo de Silvestre «Engalgalebres», figura de galgo, seco, agachado de cabeza, escurrido de culo y de lomo alto y curvado; ojos verdes de mirada vaga y remota, estimulada por el aliento, ágil pero lento, más bien perezoso. Silvestre fué camposantero y su figura inseparable de la «tumba» y del carro de los muertos que se utilizaba para recoger y transportar a los que morían accidentalmente, únicos que entonces iban caballeros.

Escuelas

EL SEÑOR HIGINIO

Higinio fué hechura de su padre y del señor Bernardo, más de este, del que se le puede considerar seguidor en métodos y en resultados, pero con mucho mejor local, porque hizo un gran salón en la Placeta de Palacio, ventilado y soleado, desde el que alteraba con sus voces y golpes el silencio milenario de aquel paraje.

Se casó con una hija de Doroteo,—cojo, manco, tuerto y feo,—campanero de San Francisco y tuvo descendencia numerosa.

La gente le adjudicó el apodo de su padre, olvidando a este por completo y no quedó más «Engalgalebres» que Higinio.

Se le veían los rasgos de rectitud del «Cardaor» y su misma energía para dominar a la tropa a correazo limpio. Enseñando por cuatro perras, casi de balde, y teniendo que mandar a los chicos a por el mes, para ir a la plaza, muchos días y poder tenerse en pie en la plataforma de la escuela, con una abnegación insuperable.

El hincapie de su magisterio se ejercía sobre las cuentas y sobre la letra bastardilla, como le enseñaron a él y ponderaban los padres de los alumnos.

El día de esta fotografía se puso Higinio de tiros largos, para lucir su gran bigote, que le llegaba a la barbilla, tapándole por completo la boca, cosa, desde luego, poco grata a sus compañeros de zurra, que tenían que beber en el mismo vaso y meter este en la lebrilla para llenarlo cada vez.

La vida de Higinio hay que reputarla como ejemplar en los anales pedagógi-

cos alcazoleños y de las mismas cualidades que la del señor Bernardo, «El Non Plus», como decía «Faco» en la Cruz, que no consiguió aprender ni la a, pero no por el Maestro, que era de ole.

Maestro es y será, en toda clase de actividades, el que hace escuela, el que lega a la posteridad una labor y un grupo de continuadores que avancen con eficacia por el camino que él siguió. Y

Este grupo de la escuela del señor Higinio es muy reciente. Están en él los cincuentones de ahora. De arriba a abajo y de izquierda a derecha aparecen: **Primera fila:** 1.º desconocido. 2.º Saturnino Román, el de «Caguín». 3.º «Pichiriche». 4.º Nicéforo Campo. 5.º Félix, el hijo del maestro. 6.º Rómulo Lozano. 7.º Cándido Patón. 8.º Desconocido. 9.º Jesús Muñoz, el hijo de «Canelito». 10.º José Viñas, 11.º El Muñequero, «Bigote blanco». Arriba, con un chico en brazos que lo tapa, está el hermano de las «Malrascas».

Segunda fila: 1.º Dolores, hermana de «Pichiriche». 2.º Albino Manzanares. 3.º Segismundo Molina. 4.º José Antonio López. 5.º Bonifacio Romero. 6.º Antonio, el hijo del maestro. 7.º Ismael Zarco. 8.º José Molina. 9.º Crisóstomo Guillén, el de la «Peona». 10.º Antonio Ubeda, el tintorero.

Tercera fila: 1.º Herminio Molina, el de la «Melitona». 2.º Pascual Gil. 3.º Francisco Gil. 4.º Ireneo Comino. 5.º Abilio Molina, el de «Jeremías». 6.º El señor Higinio, el maestro, Higinio Fernández Ramos. Está aquí lo más de ceremonia que nunca se le haya visto. Sin embargo, tiene el chaleco desabrochado, dejando ver un cinturón ancho y una corbata larga, que le estorban y que se los pondría por el bien parecer, por vestir el cargo, porque, eso sí, la dignidad de su función la sentía hasta el sumun. Y por eso llevaba el bigote, un bigote incómodo y sucio, una verdadera brocha, como la de Reyes «Rengue» y como la del maestro «Clarín» y no se comprende cómo podrían soportar semejante estorbo. En cuanto a Higinio, es seguro que como atributo de respeto, como se ponía la corbata. No iba a ir como los cómicos, los toreros o los sacristanes, que eran, aparte de los braceros, los únicos que llevaban la cara rasurada y se distinguían por ello; él merecía más respetabilidad y por eso aguantaba el engorro del bigotazo, para que los chicos se miraran más en lo que hacían delante del maestro y para que los grandes lo tuvieran en cuenta.

Le estorbaba todo en realidad porque los secos no suelen ser frioleros y porque en los trabajos de fuerza estorba la ropa y la brega de «Engalgaliébres» era un trabajo que se puede considerar forzado, hasta el punto de que sin lumbre en la escuela, cuando soltaba a los chicos, todo el mundo iba caliente, de los esfuerzos de la mañana, y él, más que nadie.

Otro hecho que demuestra lo que se acaba de decir, es que los serenos llevaban un pañuelo hecho gorro o puesto a lo mujer y encima la gorra de sereno. Era necesario por el relente de las madrugadas pero desentonaba y a él debió parecerle impropio de la disciplina del Cuerpo, pues yo no recuerdo haberle visto nunca con gorro, a pesar de ser el que tenía que vigilar a todos, sin poder esconderse del frío. Lleva una chaqueta finilla, de las que usó siempre, aunque no fuera el tiempo bueno que



«El Cardaor» formó ese grupo y le echó la levadura de su ejemplaridad, necesaria para la coción.

No cambió, porque era imposible en aquella miseria, las condiciones del trabajo o ejercicio del magisterio, pero difundió el amor al arte y la necesidad de la enseñanza, a cuyos principios se mantuvieron fieles de por vida todos los de la escuela, a pesar de no poder vivir de ella jamás y de no tener ninguna obligación.

Formaron aquel grupo, que mantuvo flotante en Alcázar un elevado tono de formación austera y cumplidora, unos cuantos hombres de parecidas condiciones, incluso físicas, como si «El Cardaor» que los hizo, los hubiera ido escogiendo. A ellos se debe una buena parte de la elevada moral alcazareña que en otra ocasión consideraremos más despacio.

Todos vivieron de lo que pudieron y como pudieron, pero no se apartaron de la enseñanza ni de la ejemplaridad, no relajándose en sus costumbres. Aparte de esa influencia difusa que emana de toda escuela, en la del señor Bernardo fueron pasantes, Jesús Barrilero, Casimiro García, Higinio Fernández y Severino Montalvo, todos secos y de una alzada media.

La Estación tiró de los dos primeros, pero en cuanto salían ya estaban en lo suyo. Ninguno sintió la necesidad de que se le reconocieran sus méritos, y, sobrándoles condiciones, ninguno tuvo título oficial; tenían el título que les daba la opinión y el lucimiento de su obra, que era lo efectivo y lo que les llenaba. Bien que la vida era muy distinta

entonces. Muerto «El Cardaor» se disgregaron los discípulos.

Casimiro, que estaba de carpintero en el Recorrido murió de visitador en Mora de Toledo, donde le cogió el tren el brazo derecho. Fué el ayudante de los tiempos heroicos. De una rectitud férrea, temible. ¡Las cuentas que sabía!... ¡Qué problemas!... ¡Y qué repelones con su mano seca!

Fué el antecesor de «Engalgiebres», como a este le sucedió Severino, el mayor de Isidro Cosme, el carretero, que murió de tisis, joven.

Todos del mismo carácter y la misma abnegación, que le hacía al señor Bernardo de ir a buscar a «Estrella» a su casa para enseñarle a firmar a pescozones. ¡Porque había que ver a aquellos rapaces, para acarrearlos!

Higinio, el señor Higinio, ha aparecido ya en otras fotografías publicadas como la del zurra de «Chavicos» y está en otra de los carteros antiguos, que se publicará. Tienen la importancia de mostrárnosle en diferentes aspectos de su vida y de la precisión de ganársela.

Estos hombres, de disciplina y de rigor autoformativo, eran apreciados en cualquier ocupación por lo respetuosos, lo rectos y reglamentarios. Higinio fué sereno muchos años. Naturalmente era cabo de los serenos, donde llevaba el fuero de la escuela, del cumplimiento de lo debido.

Antes fué subalterno de Correos y otras cosas que él procuraba hacer compatibles con la escuela, de la que no se apartó hasta el fin, dedicando todo su esfuerzo a «hacer hombres» a los chicos del barrio de Santa María, que eran de

denota la fotografía. La camisa no le pega por demasiado atildada. El fruncimiento del entrecejo demuestra que ni aún en ese instante pudo estar a gusto; daría la última voz en el momento del disparo del retratista y está reclamando orden, aparentando una quietud inexistente, porque él también quería salir bien, qué narices.

El 7.º de la fila, a continuación de Higinio, es Eusebio Carrascosa, el de «Frascuero». 8.º El hijo de Santiago de «Placer». 9.º Esteban Barrilero, el de la «Polonija». 10.º Eulalia Molina, la de «Filezas».

Cuarta fila: 1.º Jesús Molina, otro chico de la «Melitona». 2.º Miguel López, el de la casa del «Andaluz». 4.º y 5.º Manuel y Vicente Carrascosa, hijos de «Frascuero». 5.º Antonio Campo. 6.º María de los Angeles, la más chica del maestro. 7.º María Romero, la de Loreto. 8.º Pepe Casero, el de la «Saminona». 9.º Otro hijo de «Placer». 10.º Angel Galán. 11.º Desconocido. 12.º Jesús Molina, el barbero.

Quinta fila: 1.º Andrés Molina, el de «Filezas». 2.º Primitivo el de la «Minayera». 3.º Coralio Vaquero, el de Venancio el «Jarillo». 4.º Desconocido. 5.º Marcelo el «Perro». El del dedo en la boca, abajo, Leopoldo Molina, hijo de Geremías y seguido Antonio el de las cabras; el de luto, el hijo de la Pura, la que está en la Estación. A continuación, Antonio y Ramón Valle, y el último, Alfonso Trujeque.

los «entreveraos» y le deben el ejemplo ético de una vida pobre, austera y digna, consagrada a la ilusión de verlos adelantar con las enseñanzas que les inbuía y de mejorar con el ejemplo que les daba.

¡Gran favor el que hicieron aquellos maestros a los chicos cerriles de su tiempo!

¡Honor a su memoria! ¡Honor a Alcázar, que los hizo!

El Don de "Godoño"

A las informaciones callejeras les pasa lo que a las gachas, que cuanto más se menean más se espesan y crecen, poniéndose a punto. Es lo que sucede con todos los batidos y no cansándose, a la postre se da en el «chisque».

Ocurre, también, que de los bromistas alcazareños no puede uno fiarse, aunque lleven enterrados muchos años, porque te dan el chasco en cuanto te descuidas. Y «Godoño» se salió con la suya aplicándose el Don al hablar de la Placeta de las Almireces en el otro libro. Como si hubiera estado vivo. Como que todavía colea y hace guiños.

¡Qué cosas tenía Perico!

Y una de las cosas que tenía era la de querer aplicarse el Don de Elías, sin ser de él, porque Elías, el de la hazaña premiada tan honorablemente, era Elías Morollón, su suegro, pero él se había empeñado en que le pertenecía el don por ser el yerno mayor y se había hecho tal ambiente, que hasta nosotros nos lo creímos. ¡Valiente sujeto!

Quede bien entendido que «Godoño», Pedro Ortega Castillo, no tenía don. Era usía lo que tenía, para armar zaragata.

Y la familia bien entrelazada, para no poder sacar la hebra.

Un hermano de su suegro, Don Elías —Francisco Morollón, el «cabrero», estaba casado con la hermana de Pedro «Godoño», es decir, que «Godoño» era sobrino de su cuñado y de su hermana, al mismo tiempo.

Era hermano, también, de Isidro el «Cabrero», que no negaba la pinta, el

que estuvo de cobrador en el Banco y vivió unos años en Socuéllamos.

Perico iba a verlo con frecuencia y le reprendía delante de la gente, pero Isidro no se «cortaba» y decía que era su padre.

Y lo parecía, porque se llevaban 17 años.

Eran hermanicos de padre y madre.

Isidro, antes de meterse a cabrero, fué gañán en casa del «Andaluz».

Todas las mañanas salía montado en la yunta y le decían que si no se le quedaban los pies fríos, y él contestaba:

—¡No he visto unos pies cortados por el frío, nunca!

Una vez se fué a tocar los mayos y le preguntó la mujer que a qué hora volvería:

—¡Ahí a las diez!, le dijo.

Pero se presentó a las seis de la mañana. La mujer empezó a gruñirle y él:

—¡No te pongas así! le replicaba, que te dije a las diez y no son más que las seis. Así que no te quejes.

Isidro tenía muchas de esas.

Pedro fué, también, gañán en casa del «Fresco», —Matías Manzanares,—solterón. Allí tuvo de zagal a Eulogio «Cachile» y se entendían bien. Por la noche preparaban el vino y al volver al lugar se comían una cebolla, para que no se les notara que habían bebido.

También estuvo «Godoño» de caporal con «Quínica», fué carbonero y matador de gorrinos. Un hombre de su carácter tenía que danzar en todo y con el mismo aire. En una matanza, para no hacer de sufrir al animal, lo traspasó y se clavó el cuchillo en su barriga. Mentira y grande, pero él lo contaba muy serio y se la rasaban los ojos de agua.

A su mujer no la llamó nunca por su nombre, le decía "Ilogia".

Antes de irse a trabajar, por las mañanas, iba a echar un trago con el mayoral de "Quinica", el "Picotero" y su mujer le decía que dónde iba todas las mañanas. El respondía, que iba un rato a ver a la novia, como llamaba a la botija de Luis Marchante.

Los compañeros de trabajo le tenían apego, por lo bien que hacía el ajo carretero y las patatas fritas con pitacas.

Como "Engalgaliébres" y Benigno el "Carbonero" intervinieron en las rifas de los santos. La primera vez que fué, le dijo a Fray Isidoro que si no le preparaba una lebrilla grande de zurra, no daba ni una voz, pero no paró de hablar; se conoce que Isidoro lo apañó bien.

Por la Pascua, se vestía siempre de máscara sin taparse la cara, pero arreglado de forma que no lo conocía nadie. Hacía de médico y se presentaba en la casa de sus hermanas como llamado para un enfermo, y la Francisca, una vez,

tomándolo de verdad, le dijo: Mire usted, que no está mi marido, y él contestó: Pues eso es lo que yo quería, y se armó la de San Quintín.

Al hijo mayor lo casó para la Pascua y el suegro, que era un infeliz, le dijo que habían matado un cordero sin pagar el consumo y que si iban los consumistas había que decir que no habían matado nada. Pero al otro día, se presentó "Godofno" como consumista, a pesar el cordero que se habían comido en la boda y le dió al suegro un susto que por poco se muere.

Así era "Godofno" de bromista.

De haber vivido Ulpiano y esos, seguramente le adjudicaban el Don de Elías porque al fin de cuentas, que más daba, pero nosotros, recopiladores imparciales, no podemos llegar a tanto, aunque lo sintamos, porque lo merecía, pero no sería justo y Elías queda unido a su Don por los siglos de los siglos y "Godofno", abajo del borrico, añorando la gloria que se le fué.

S U C E D I D O S

ESO SON RECETAS

«Chichín», en sus alardes curanderiles, le mandaba al «Cutimaño», una vez que se echó a perder, buenos caldos de gallina negra, vino viejo en abundancia, en jarro, no en botella; que le cantara la muda algunas manchegas de cuando en cuando y algunos trozos de jamón, por las tardes. Y decía el «Cutimaño».

—¡Bueno, bueno. La carne de membrillo no me tira mucho!.

La gente alcazareña ha tomado mucha parte siempre en las calamidades que le rodeaban, incluso en las que no afectaban a las personas, que sentían con espíritu de fraternidad.

Véase, si no, este cantar:

"Cuando querrá Dios del Cielo
que "Gurí" se ponga rico,
que coja mucho candeal
y alimento a sus horricos".

Atanasio el yesero y su hermano Pedro, iban con un arre matalón y unas serrillas de uvas y atascaron.

El animal resistió los golpes e imprecaciones de ambos sin poder sacar el carro, hasta que Atanasio se decidió a sustituirlo, y pidió a Pedro que le voceara y pegara como a la mula y así lo hizo, sacando el carro del atasco.

Pedro fué a la escuela del señor Bernardo. El maestro le decía que era un poco distraído, que no se fijaba y él re-

cuerda aquello con asura, porque en tres años no pudo blincar—dice—la primera hoja de la cartilla.

En las Puebas se empeñaron en que comiera en una casa. Perico dice que metió la chaira y cazó un melendrán de tocino que por poco los deja a «tos» a la luna de Valencia.

Las Piedras de Zamora

¡Las Piedras de Zamora! Nombre resonante y legendario, antiguo habitual y ahora apenas utilizado.

La Placeta de Almendros, es como el centro del Porcarizo, con una salida anterior, que es la calle de la Paloma, y otra ulterior, que es la callejuela que va al Pozo Cardona. Esta callejuela es el asiento real de las piedras enormes, de más de mil arrobas, salientes de antiguas canteras, probablemente de alguien llamado Zamora, que fué el cantero. Tal es la hipótesis, muy razonable, del amigo Isaías.

El verdadero Porcarizo era la calle de la Paloma, de entrada tan estrecha que no podían pasar los carros, pero luego, en lo hondo, se ensanchaba, aunque irregularmente, dando la vuelta hasta la bodega de José "Culón", y en lo ancho era donde la gente se desprendía de lo que le sobraba.

Como paraje antiguo y típicamente alcazareño, tiene su gente propia y sus sucesidos naturales. El espíritu aldeano campeó en la Placeta, donde no extrañaban las voces, porque la gente solía hablar alto y la "Tía del escándalo" aposentó allí su lar.

Aquel rodal es el solar de los "Moralos", cuya personalidad más robusta fué Eugenio, al que siempre hay que recordar.

Por allí correteó también de chico otro ejemplar de raza, de diferente estilo pero de condiciones naturales, conocido luego por "Manuel el de los Osos".

Por allí vivió "Carloto", ideador del conocido artificio de atarle una tomiza a su máquina del tren para distinguirla de las demás.

Y Tomás el del "Tuerto el Huevo", uno de aquellos que cambiaron la garrota del pastoreo por el regulador de la máquina, y sudaban tinta para aprender a firmar. A este lo llevó su madre, muy telen-da, a la escuela de Juan Antonio el de la "Cacha", conviniendo con él que el mozo llevaría una cartilla y un pliego de papel de perfiles para empezar su preparación. Tomás hablaba muy fuerte, como si estuviera hablando con el ganado siempre, y al entrar dió unas "güenas" noches rotundas, y preguntó a Juan Antonio:

—¿Es usted el maestro?

—Sí, hombre.

—Pus vengo a ver si aprendo a leer y escribir, así que diga usted lo que tengo que hacer ahora mismo.

—Te vas a sentar a escribir.

—Si yo no sé escribir.

—Ya te enseñarás.

Se puso a hacer perfiles, y cuando llevaba dos planas, como estaba oyendo a los otros de comentar que lo habían puesto a hacer "palotes", se dirigió a Juan Antonio, diciendo:

—Vamos maestro, yo estoy en que ya he hecho leña para un guiso!



El maestro, negro de risa, volvió la cara y exclamó:

—No seas así, Tomás, ya aprenderás otras cosas más adelante.

—Y ahora, ¿qué me manda usted?

—Vas a hacer números. Voy a ponerte la muestra. Si no los haces igual la primera vez, no te impacientes.

Cuando llevaba hechas dos filas, exclamó:

—Así todos son garrotas: el 1, el 2, el 3 y el 4 es el tablete de la casera; todos igual menos el 8, que es una calabaza de su monte, sin agujero. Y ahora, ¿qué es lo que tengo que hacer?

—Ahora, dar lección.

—No sé ni la A.

—Para eso has venido, para enseñarte; y mostrándole la cartilla le advirtió que repitiera lo que él dijera, pero fijándose en la forma de las letras.

—A a; E e; I i; O o; U u; Be... Y al oír be exclamó:

—¡Pero es que para saber leer hay que decir be! Pues entonces no aprendo, porque me he venido del ganado por no oír decir be. Y se salió de la escuela, dejando allí lo que había llevado, que tuvo que enviárselo Juan Antonio, después, a su casa.

* * *

Ya se sabe por lo del tío Joaquín Vela, que vivía por allí el «Negruzo», cuyo padrino de boda no se recuerda, pero sí lo que dijo.

Al preguntarle el cura a Leandro que si quería a la Ventura por esposa, el padrino, torciendo un poco la cabeza, respondió como asesorando:

—Si te pica la mosca, ráscatela.

* * *

El «Cojo el Pintao» tenía ramo. Y por allí iba a la sordina, el tío Manuel, con la botella en el bolsillo de dentro y le decía.

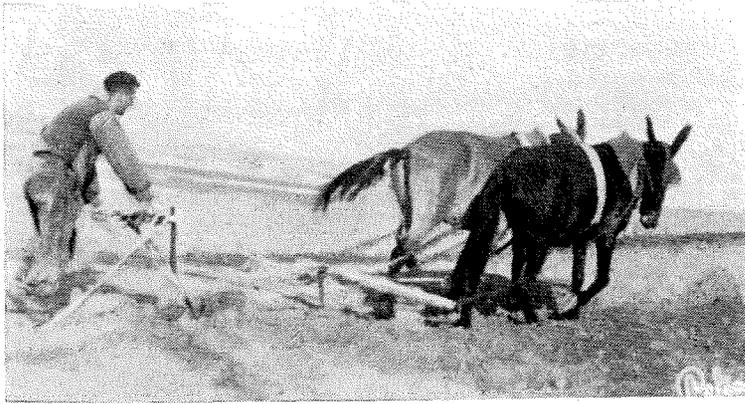
—Mídelo bien, mídelo bien.

* * *

Por allí andaban los de «Placer», el «Gorritano», la «Gurrumina», «Caguillo», «Corchejas», «Colodra», aquel muletero que era, al decir de la «Repicuña», su nieta, más «rondaor» que nadie y, ya viejo, cuando guardaba el Cuarto Alto, venía desde allí andando, del ramal del caballo.

* * *

El rincencillo de la Placeta Almendros es muy evocador, con el martilleo resonante de su fragua, que pone una nota de continuo laborar en la silenciosa paz de aquel escondite, lleno de sol mañanero, que no quita agudeza al retintín de la herrería.



Yuntas.

8 PUBLICAMOS una de ayer y dos de hoy, porque mañana no las habrá y puede que llegue a olvidarse lo que fué este medio de trabajo.

Por lo pronto, la yunta ha perdido lo esencial: el fuero, el rango; el ser orgullo y honor de la gañanía.

También ha perdido la categoría de supremo factor de fuerza en el tiro y la estimación que de eso se derivaba.

Tener yunta o echarla era alcanzar un nivel respetable en la labor, formar ya entre los gañanes verdaderos de lo suyo. De ahí para arriba su potencialidad se calculaba por el número de pares y como esta escala no era fácil de subir, se consideraban mucho las tres mulas, las cinco mulas, la media yunta de mula y borrico y aún la yunta de borricos y el carrete para apañarse solos.

El buen cuidado y el buen atalaje eran el orgullo del gañán y uno de los factores principales de la estimación pública alcazareña, motivo de comentarios y comparaciones, aquilatando el rumbo o mera apariencia y la efectividad, buscando siempre la verdad real, que no estaba, como es natural, a favor del más ostentoso o vano, sino del sencillo y natural que «hincaba» sin contemplaciones.

Este espíritu formativo de nuestra tierra, tuvo una derivación muy manifiesta y atractiva en la Estación. Nuestros gañanes cuidaban las máquinas del tren con el esmero y la constancia con que cuidaban antes las mulas, sin separarse nunca de ellas hasta dejarlas bien arregladas y visitándolas varias veces al día, cuando estaban paradas, por si les pasaba algo, limpiándolas con exageración para que se pudieran ver.

Salvo las excepciones de todas las reglas, nuestros gañanes no tuvieron muchas dificultades de adaptación a las máquinas y como no son lerdos, ya se va viendo que tampoco las tienen para los motores que

Alcazareñas



reemplazan a las yuntas legendarias, aspiración suprema y sostén de nuestra vida anterior.

Casualmente ha sorprendido «Pitos», en plena labor, estas dos yuntas en las afueras del lugar: una en la caída del Cerro y otra en las «Santanillas»; ésta llevada por un nieto de «Estrella» y la otra por uno de «Chala», sitios y nombres que no pueden ser más nuestros.

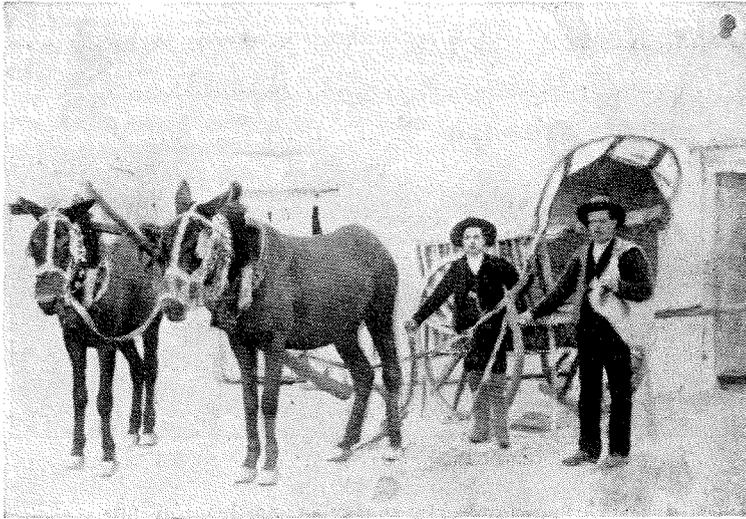
El chico de la Emilia, que se llama Osmundo, por esa racha de nombres raros que ya va decayendo también, pero que debería llamarse Eulogio o Ezequiel o algo de la otra rama, está dándole una vuelta de vertedera al barbecho de las «Santanillas». Lleva una yunta de fuerza, gorda y grande, acaso de más.

El de «Chala», con una yunta más terciada, está arando una postura americana,—cosa también modernísima, esta de ser americanas las posturas,—en el Cerro, hacia el camino de Murcia.

Sin pretenderlo ni buscarlo, ni ir con ese objeto, se hallaron estas yuntas y se hallaron en los parajes donde los alcazareños celebran tradicionalmente las romerías de los Santos Viejos: Santa Agueda, Santa Polonia y San Marcos, motivos que harán más perdurable este recuerdo.

Da gusto ver la tierra barriosa de las «Santanillas», el chinarro y las olivejas del Cerro, el molino derruído. Las yuntas se irán, por ser lo accidental, como se fué el molino, hágase lo que se quiera por resucitarlo, pero la tierra quedará y quedará el hombre sobre ella, mimándola y trabajándola de una o de otra forma para que le sostenga: hombre y tierra, encarnación viva de la existencia en el Valle bíblico, donde se cumplirá, por los siglos de los siglos, aquello de ganarás el pan con el sudor de tu frente.

La última fotografía es de la famosa yunta antigua de la Ciriaca del Cristo, yunta de rumbo que salía en las corridas de toros, tal vez la primera que salió.



El retrato está hecho de propio intento. El piso es firme, sin duda el del corral de la casa.

Uncieron para retratarse. Las mulas están tranquilas, descansadas y limpias, con los cabezones y los pretales. Los gañanes, más bien vestidos majos que de faena, aunque Luciano,—Luciano Izquierdo Lizcano,—el del «Manco de la Alameda», se ha echado la «sembraera» al hombro y tiene el brazo estirado como para tirar el puñado. Cogido al arado está su cuñado Federico,—Federico el de la taberna, (Federico Arias Díaz-Mínguez),—a sus buenos catorce años, muy de sombrero ancho y cadena larga.

Era la época en que ambos llevaban la labor de su madre y suegra, la tía Ciriaca, que era grande, de tres pares.

Las mulas que se ven aquí son la «Imperial» y la «Perala», yunta de mucho lucimiento, que era la admiración del pueblo cuando salía arrojada, de esto pueblo socarrón y amigo de echarle esparto a la sogá, que en medio del entusiasmo ante la estampa brillante, cantaba por lo bajo:

“La yunta de la Ciriaca,
esa de los cabezones,
que no ha podido subir
la cuesta los Marotones”.

Porque, en efecto, allí se quedó atascada, sin poder sacar el carro; que una cosa es salir a lucirse y otra ir a trabajar y las mulas, como las personas de mucho lucimiento, suelen ser de poco rendimiento, mucha planta y poco nervio, que en el paseo levantan murmullos de admiración y en el tiro de desanimación.



Ciegos alcazareños

AL hablar de Virginio, el ciego del estanco, cuya habilidad tanto se pondera por su parroquia, empezamos a sentir de removerse el recuerdo de otros ciegos del lugar, de su misma época, que para haber danzado tanto en las jaranas no han dejado apenas huella de su vida

Dentro de ser ciegos e impelidos a sacar provecho de los sentidos restantes, tacto y oído sobre todo, cada uno tenía sus cualidades, aunque todos tocaran los mismos instrumentos.

Ya sabemos que Virginio perdió la vista a los tres años de edad, viviendo en la calle del Tinte.

Del «Colgandero» y el «Jacarero» se piensa que eran ciegos de nación, como los grillos «cantaos» que se tienen por cojos de nación y muchas hembras de brío también, cosas poco probables aunque se tienen por seguras, dada su buena constitución y fortaleza

Debieron nacer con vista. Lo que pasa es que nadie lo recuerda. El mismo Virginio tiene bastante confusas las ideas acerca de aquel singular acontecimiento, pero cegaron con toda seguridad de las infecciones graves que en su época no se podían combatir, ni se sabían cuidar.

El «Jacarero» era un hombre como un castillo, lleno de vida, con los ojos naturales pero blancos, por la destrucción de las partes transparentes.

Compartió con el «Colgandero» la fama de maestro de guitarra; el uno, aquí arriba, y el otro, allí abajo, y muchas veces se juntaban para ir a tocar a las bodas. En casa del «Colgandero» tuvieron horno y él se desenvolvía dentro como uno de tantos, siempre a la vera del «Patato», — Julián Ruiz Vela, — que trabajaba en la casa y lo acompañó mucho durante toda la vida. Los dos iban a por las masas a las casas y el ciego solo iba a moler, porque tenía mucho tino, dice Julián Le ponía al borrico un ramal largo y se ponía detrás cogido del ramal. Si la carga no era mucha, se iba caballero. En ambos casos el borrico guiaba y se metían por la era de don

Joaquín, hacia Pindongo, hasta llegar al molino sin tropezar jamás. El molino era el del cerro, que luego fué de Juandela y antes lo tuvieron ellos.

Sin embargo, el «Patato» reconoce que el «Jacarero» tenía más tino todavía y esa confianza de los fuertes que les hace correr los riesgos con naturalidad. Una noche, al salir de una boda, dijo:

—Vamos a llevar a estos u luego me iré yo a mi casa

Y se fué solo, tocando y cantandillo, desde La Carrasola a la calle del Santo

¿Cuánto tino tendría?, se pregunta Julián, asombrado.

En cambio, el «Colgandero», que subía a afeitarse a la tienda de su tío, Manuel Quintanilla, en el Paseo, llevándolo el «Patato», tropezaba y se metía en los charcos, enfiándose mucho, porque tenía mal genio.

En compensación, tenía más oído que el «Jacarero», pues llegó a tocar en la Banda de la Música una flauta blanca.

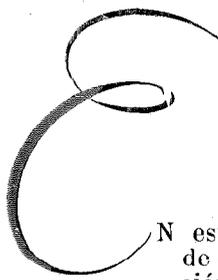
Otra prueba de su menor tino, la daba con los pitos. Siempre estaba fumando y encendía con yesca o «mencha». Le fallaban tanto los golpes del eslabón, que tenía que pedir que se los encendieran.

Tuvo su aventurilla de amor, que no le pintó bien. Su genio fuerte y su nerviosidad, le valieron de poco con la sujeta.

Todos se ayudaron de la música para vivir, agregando su producto al de las viñejas, que eran lo principal.

A las bodas de rumbo iban los tres: el «Colgandero», el «Jacarero» y Virginio. Los guiaba el «Patato» y los acompañaba la «Mancona», que iba a fregar y a cantar jotas y rondeñas.

Todos tuvieron su arte, reconocido por la vecindad y se inclinaron a los instrumentos de cuerda y si no recuerdese a Manuel, el ciego el Campanero de Santa María, que no ha tocado nadie las campanas como él, dice la Gabriela del «Recental» y cuando iba riñando el gorrino de San Antón, era una risión: iba diciendo, llevo jamones, lomo, morcillas, longaniza y espinazo, llevo de todo, de todo llevo, menos rabo; echarme muchachas, echarme, que va a tocar. Y la gente se hartaba de reír y se rascaba el bolsillo con satisfacción, haciendo subir el valor de los pernils aquellos y aquella jeta embravecida en la lucha con los chicos de la calle y callosa de hozar en todos los barrancos del lugar.



Camilo "El Porrero"

En esta especie de galería de contemporáneos, quisiéramos ir incluyendo a aquellas personas o cosas de rasgos más acusados, que son como una reviviscencia del pasado, destacable y grato.

Camilo el «Porrero» era uno de los que no podían dejarse de recordar con tal fin y ya le habíamos anunciado este propósito, que él vió enseguida con su habitual campechanía, porque era «mu partío», pero por estar de albañiles se retrasó el ponernos en contacto y en el intermedio llegó la muerte y se lo llevó, privándonos de muchos detalles del pastoreo antiguo.

La fotografía que publicamos, última de su vida, demuestra el gusto con que él se disponía a colaborar en este trabajo. Al verla nos quedamos profundamente impresionados. Este Camilo no es el nuestro; está derrumbado, desquijarado como él hubiera dicho, con la carne caída, colgante, falta de turgencia y la mirada mortecina, de oveja agonizante. Preparó el borrico y el cordero a lo pastor y se puso encoraginado, como diciendo: «para que veáis que aquí hay fuerza», pero en realidad haciendo de tripas corazón. La sofocacioncilla de los albañiles, reflejada en su cara, sería ya la última que se podría tomar: la muerte le acechaba muy de cerca y le sorprendió de golpe, ventajosamente para él, que no tenía carácter para recibirla con serenidad. El borrico está sin «cabezá», con una vuelta de ramal al pescuezo, el cordero cogido a la braza y él como queriendo arrear con todo y diciendo: «venga p' adelante».

Era Camilo,—Camilo Palomares Quirós, que nació el 23 de Septiembre de 1895 y murió el 19 de Octubre de 1961,—«Porrero» por apodo tradicional más que por herencia biológica.

Los «Porreros» fueron lácios y su padre más que ninguno y curvado, sin gran diferencia, con la perra galga que le acompañaba siempre y le cogía las liebres. Eusebio era de la traza de «Es-



trella», pero más fuerte: huesos, tendones y pellejo, nervio solo, tirando más bien a jaro y sonrosado. Su hijo Camilo, en cambio, por lo de «Corredera», era gordo, barrigón y lento. Tenía de «Porrero» la fortaleza de la dentadura, veteada como el marmol, y, como gordo, la dulzura para su uso masticatorio, sin renunciar nunca ni a ninguna hora al bocado gustoso.

Se crió en el «Altillo», pero rondó por allí abajo, en la Placeta de las Almirces, donde gastó más de una garrota de arrastrarla por el suelo y no quedó un canto que no fuera y viniera mil veces hacia el rincón del Ciego «El Colgandero», acompañado de roncas, voces, toses y silbidos, como hablándole al ganado, para que su cordera se diera a la querencia, como por fin se dió, porque se la llevó al Santo, como los lobos se llevan las reses a lo alto, lejos de donde las pescan.

La brama de la ronda, tan difundida en Alcázar por entonces como en el campo en la época del celo, atrayendo en todo caso a la hembra con la fuerza ciega de la creación que no repara en

peligros, tuvo en la mocedad de Camilo una de sus manifestaciones más espléndidas. Las tinieblas nocturnas, sobrecargadas de efluvios amorosos, mantenían una atmósfera pesada, cargada de ardor y exacerbada en los días de retorno de los mozos que pasaban la semana o la quincena en las cuadras, parideras o apriscos, atentos a la crianza y venían según su decir, "con el deo puesto", exhalando bramidos que soliviantaban a las mozas y les hacían correr los riesgos efectivos que entonces se corrían para salir a su encuentro por tejados y gateras, siendo de notar, en honor de los misterios de la naturaleza y del ambiente de una época, que estos clamidos no los repudiaba nadie en el fondo, por el contrario, los comprendían y acataban; por eso perduraron tanto y dejaron huella indeleble en el anecdotario alcazareño.

Los rodeos de este zagal fueron memorables en aquel barrio de los pastores. Sus serenatas no necesitaron acompañamiento, sobraba con él, pues lo que su suegra tuvo que aguantar con el noviazgo no es para dicho, porque el novio no cerraba la boca ni dejaba de echar relinchos para toda la familia.

Una Pascua se empeñaron él y el del tío Angel Huertas, que rondaba allí orilla, en la misma Placeta, a la de la «Morena de Galofía», en pasar a la casa de las novias; gran atrevimiento entonces.

Pasaron al patio de la Juliana la «Calabaza» y vocearon:

—¿Quién anda por aquí?

La Juliana, que dice su nieta que limpiaba el agua, estuvo muy suave para lo que se estilaba, porque los entró en la cocina, donde había una banca bien vestida, alta y mullida, en la que se sentaron y les dió un mantecado y un trago. Al salir iban comentando lo duro de la banca, de "Chuchanes", porque era de albardín, diferente a la de los pastores, que les sobra la lana. Camilo iba diciendo que llevaba un cardenal en un ijar y la Juliana que lo oyó, le arguyó: si no te hubiera dejado de entrar, no dirías eso, pero anda, que cuando te sientes otra vez en mi banca, has de tener ganas.

—Pues entonces estamos en el mismo ambiente, que cuando yo vuelva a hacerme aquí presente mosca lleva el rucío

Tenía el optimismo de los gordos y comilones; el impulso fugaz y la fanta-

sía deslumbrante: por eso iba siempre a cierta distancia del ganado y perduraba en los casnillos solaneros, hasta el punto de que nunca comía a tiempo, aunque siempre lo hiciera bien, a una hora cualquiera y sin prisa para comenzar ni para dejarlo.

Conversador impenitente, apetecía la reunión y perseguía desde que abría los ojos, la noticia o el rumor circulante, que desmenuzaba durante el día con unos o con otros. Conocía bien el pueblo. Y el campo y los campesinos como nadie, como si fuera suyo, porque los pastores son los amos del campo, con la facilidad de recordarlo al dedillo cuando se terciaba y aunque no se terciara, porque lo decía todo.

No estaba exento de la brusquedad alcazareña, pues era un poco próspero para el trato del personal, pero le duraba poco. Su carácter era apacible y adaptable, como se puso a prueba miles de veces en las discusiones de los ganaderos que presidió con Victoriano Octavio y cuyos intereses no siempre podían armonizarse, aunque él siempre buscaba el arreglo y después salían hablando y riendo, pensando en algún pernil al que pasarle la chaira al bies.

El hombre no ha superado todavía el canibalismo cavernario de que hablaba Novoa Santos. La barbarie remota se asoma a cada paso y de ahí que todas sus alegrías las celebre con comilonas y banquetes, como en las edades prehistóricas.

Ese sentimiento es común a toda la humanidad, aunque en algunas personas parezca más ostensible por la forma de hacerlo. Camilo siempre hallaba un primal a mano para hartarse de carne y hartar a la familia y amigos por cualquier motivo, pues era frecuente en él la promesa de un buen caldero, si se arreglaba bien algún asunto.

Con los años, con su permanencia en el lugar y con su carácter abierto, se urbanizó tanto que confraternizó con todo el mundo, oyéndose con complacencia sus exageraciones.

Por eso su muerte causó un sentimiento general y le acompañó a la tumba la simpatía de todos. Y por eso perdurarán en el recuerdo sus dichos y maneras, de auténtica solera alcazareña.

Vida pastoril alcazareña

CAMILO Palomares fué iniciado en el pastoreo por el tío «Canene», —Eugenio Galán,— que era un bárbaro, de lo más bruto que se recuerda entre los pastores del tiempo, que no se tenían envidia unos a otros, con unos pies y unas manos fenomenales.

A las personas que tienen ese desarrollo de pies y manos les llaman los médicos «acromegálicos»,—de extremidades gigantescas,—con otros detalles como el espinazo arqueado y la quijada también de antropoide. Aparte de «Canene» ha habido aquí otros casos notables que citaremos para dar idea; los «Caracos», también lo eran y el apodo es bien manifiesto; la Baltasara, mujer de «Ojete», que vendía tortas de la Balbina y acabó teniendo vacas en la Placeta del Cuartel de las Monjas y Jesús, el del tío Laureano, también lo fueron, si bien en estos dos últimos, ajenos al pastoreo, pero más típicos casos de acromegalia, resaltaba la bondad de su carácter.

Los «Porreros» fueron carniceros y más o menos se metieron en el ganado. Al hacerlo Eusebio, para ir dando empleo a los chicos, buscó a «Canene» de mayoral, con lo cual se sobreentiende que fueron iniciados con todas las de la ley y con el ejemplo vivo permanente.

La dicha «ley», inculcada a todo zagal hasta metérsela en la sangre, comprende cinco mandamientos.

El 1.º Comerse el mejor cordero.

El 2.º Comerse lo de «to» el mundo.

El 3.º Fregar bien el caldero.

El 4.º Guardar bien el hato.

El 5.º Negar delante de Jesucristo.

Cuando se va de chico a una casa, lo primero que le enseña el mayoral es «el andarandillo, el andarandillo, lo que pasa en el hato no hay que decirlo».

Y esto, llevado con tanto rigor, que difícilmente se le sacaba a un zagal nada de lo que pasaba, incluso entre ellos, porque una vez, en un atajo, al irse de rodeo el mayoral, el ayudaor mató una

oveja y se la comieron. El mayoral las contó al volver y notó la falta. A la vez siguiente sucedió lo mismo y ya no pudo callar y manifestó su extrañeza. Le contestaron, que había ido el lobo.

Al otro rodeo, dijo el mayoral.

—También es fuerte cosa que no venga el lobo más que cuando me voy yo. Y a otro día en vez de irse derecho a la casa, se fué por donde estaba el chico con el ganado y le preguntó:

—¿Vino, vino?

—¡No que no vendría!

—Y de cuáles se llevó ¿de las blancas o de las negras?

—Si te se parece se llevaría de las colorás; como hay tantas en la maná!



Este morueco fué una de las últimas ilusiones pastoriles de Camilo el «Porrero». Lo encontraba tan perfecto, que él, que se daba traza para nombrar a los animales, le puso «El Milagroso», porque le parecía imposible que hubiera nacido tan cabal, aun siendo hijo de «La Escogida».

El chico es su décimo hijo y lleva su mismo nombre. Su padre le decía el «Güarín» por ser el último y esta retratado el primer año que lo sacaron de pastor ¡A ver si hay quien niegue que este zagal ha salido «Porrero» de verdad, mucho más que su padre!

Y lleva una garrota más larga que él, pero llevándola a lo pastor, que es arrastra, no se nota la diferencia.

—¡Ay, ay, qué respondoncillo está el zagall!

—¡Más preguntaorcillo viene el mayorall!

—¡Como tire del cayao...!

—¡Como que el mío se va a estar paraol...!

Y no consiguió sacarle nada al muchacho.

Otro ejemplo de reserva pastoril:

Estaba el chico del pastor en el "Chano", en una viña de "Cucala", con las ovejas bien "espatarrás" y llegó José "Calabaza". El chico no lo conocía y le dice:

—¿De quién es este ganao?.

—De "Calcefas" el obligao.

—¿Quién es ese tío?.

—Un tío de Villafranca, que lleva las calzas blancas.

Y salió detrás del muchacho con el hacha de podar, pero el chico, tranquilo, le dijo:

—No se enfade usted, hermano, que la demanda que le eche se la va a pagar.

Del rigor de las enseñanzas de "Canene" da idea su lenguaje: decía espatarrado y con aquellas manazas abiertas: "de ca blínco, un haza; de ca boca, un pan, y de un puñetazo se mata un burro". "Quita d' ahí, que le paeceis a los borricos de los yeseros, lerdos y comilones". Cosas de "Canene", porque los borricos de los yeseros no comían nunca, ni podían tenerse.

Estando ordeñando Camilo y viendo que sacaba poca leche, le dice:

—¿Qué haces, so guitarra?.

Y para apartarlo, lo cogió de un brazo y de una pierna y lo echó por encima del aprisco, arrojándolo contra los terrones y casi lo mata, aunque de todas maneras estuvo a la muerte de las resacas y su padre tuvo que ponerse serio con "Canene". Pero como sucede siempre, las fatigas que se pasan, cuando se tiene buen maestro, no son en balde y a Camilo le quedaron buenos recuerdos

de todo aquello y acertadas normas de la vida pastoril. Por eso cuando se presentaba un invierno malo para las ovejas, decía:

—"Tiempo vendaval, tiempo sin ventura. Berrean corderos y ovejas ninguna. Chillan los ciervos, cantan los milanos y los perros dicen, vengan de estos años".

Se presentaba un Enero crudo, sin hierba, y decía:

—Enero se come el sebo y Febrero hace la pupa y el picarillo de Marzo se lleva la culpa.

Le voceaba a un pastor:

—¡Qué!, ¿Pa cuando estremais?, (destete de los corderos).

—Según dice mi padre, pal mes de las cometas.

En saliendo el morón, puntillazo al mamantón. El morón, hierba que sale a mediados de Febrero, en los años buenos.

Por eso dice la otra "licantíña".

—Pastoril, deja las corderas sin estremar hasta el mes de Abril.

—No, las vamos a estremar en Marzo, que va buen año. Y entonces contesta Marzo:

—No te fies, que con dos días que me quedan a mi y uno que me preste mi primo Abril, puede llegar tu fin.

Y estando el día sereno y calmoso, alrededor de medio día hubo un cambio, con ventiscas y capas de coro y unos galayos de granizo que las pobres corderillas fenecieron y no quedando vivo *más que un cordero que habían dejado para semental*, lo taparon con el caldero, clamando al Cielo el pastor acobardado:

—Marzo marzueco, déjame este para morueco.

—Sí, te lo dejaré, pero te lo rabotaré,

Y como el rabo quedó fuera del caldero, cayó un granizo y se lo cortó. Y por eso, dicen, a los que dejan para criar los rabotan y todos llevan los rabos cortados.



Millán, el alguacil

ERA un hombre muy popular, pero hay que ponerle el oficio, porque con igual nombradía teníamos otros Millanes: Millán, el del agua, el "Moreno Millán" y hasta la "Millana" había, como se sabe.

Muchas veces hemos aludido a su persona en el curso de esta obra, porque era el alma del Ayuntamiento y del pueblo, el que lo sabía y lo recordaba todo, sin necesidad de papeles, y arreglaba las cosas para que nunca pasara nada, suprema y lograda aspiración de la vida alcazareña.

Manuel Millán Raboso, zapatero de oficio, como otros muchos hombres de provecho en Alcázar, pues el gremio del tirapie fué de los de más lustre para la ciudad; no en balde manejaban el betún y la "limpiaera".

No era alto, cargado de hombros, recio de huesos, más bien negro de color, velludo y cerrado de barba, con cejas grandes, cerdosas, prominentes de suyo pero aumentadas por el encogimiento continuo de los párpados y entrecejo al mirar con su acentuada miopía.

Se casó con una "Junquilla", la Anastasia, y no tuvieron hijos, siendo esta la causa de que hayan desaparecido tan completamente sus huellas, que ni antes ni ahora se ha podido hallar ningún detalle de su interesante vida, a la que con tanto gusto hubiéramos dedicado un buen recuerdo. Murió el año 1923, a los setenta años, y menos mal que lo apuntaron en el camposanto, que si no, ni eso se sabría.

Vivió en la calle de la Carcel, junto a Vicente el Pregonero, "el voz pública", que era el complemento de Millán, pues entre los dos, siguiendo el aire de la Plaza, ordenaban la vida local y ponían sordina a los asuntos que pudieran incomodar a alguien, haciendo como si no los hubieran visto, pues por algo eran el uno bizeo y el otro cegato, sin gafas, porque nadie se las ponía ni las necesitaba para ver el fin último y la raíz de las cosas, miradas por ellos con un espíritu de conciliación incomparable de bueno.

La Plaza era entonces como una asamblea, el parlamento de corrillos donde se engendraban los actos de gobierno, donde se decía todo y se desmenuzaba, marcando la marcha que debía seguirse.

Pues bien, estos hombres andaban por allí siempre, oyendo y husmeando, indiferentes y escépticos, hablando poco y encogiéndose de hombros a cada paso, al llegar a sus oídos, tan curados y recurados de las alcagüeterías callejeras, algún dicho de las tabernas o de las mesas de la carne.

Oye, Millán. ¿Sabes lo que ha pasado? Y soltaban algo gordo.

—¡Bah!, decía, eso lo habrá dicho fulano, que estarían anoche por acá o por allá y al irse de "cargao" soltaría eso. Como si lo viera. No hagáis caso, ¿no sabeis lo que pasa?. Aquí no pasa ná. ¡Si sabré yo lo que pasa!. Y se iba hacia el portal del Ayuntamiento meneando la cabeza y hablando entre dientes, como renegando de quienes al dar guerra lo hacían para remover a los alguaciles más que otra cosa, porque hay que conocer a la gente y Millán y Vicente la conocían hasta por el forro.

"El Cartucho" inalterable



LA popular taberna del Altozano tuvo una

crianza zozobante y movediza; como los niños enclenques, nada le sentaba bien.

Cesáreo «Timbulín», al dejar la carretería, le dió por ahí y su inseparable compañero, Cirilo Paniagua, cuando le vió sacar un cartucho de perras gordas para pagar algo del final del montaje, se quedó mirándolo, y le dijo:

—Ese es el último cartucho; ya no tienes más.

Y la expresión de Cirilo le quedó como nombre a la taberna: «El Ultimo Cartucho», que después se redujo a "El Cartucho" por abreviar al nombrarla.

A Cesáreo le faltaba perseverancia, espíritu de sacrificio, aunque le obligara la necesidad y la taberna pasó a manos de «Cartuchete», el hermano de la Abrahana; después a Toribio el "Niño", a continuación a Jesús Rivas, luego a Antonio el "Galgo", el que era consumista, hasta que Pedro Alaminos compró la casa, que era del cura Mansota, y se llevó allí la taberna, conocida por "La Pastora" que tenía abierta en la calle de Fray Patricio Panadero, prevaleciendo el nombre de "El Cartucho" con que se conoció a partir de entonces.

Con Pedro Alaminos, padre de Ceferino, José, Fermín y toda la patulea, se cambiaron al Altozano las partidajas que había en "La Pastora" y "El Cartucho" empezó a ejercer atracción en las gentes de todos los barrios del lugar.

En "La Pastora" había una partida de secansa notable, de esas que en las épocas de temporal se sentaban para varios días seguidos, con sus noches y con la intranquilidad de las mujeres, que llegaba a la desesperación, pero sin atreverse a interrumpirlos, porque causaba respeto la costumbre de que la mujer no se mezclara en las cosas del hombre delante de nadie, ya que entre los hombres se consideraba como una manifestación de inferioridad masculina y el hombre, aún sin querer, tenía que sacar su arrogancia, si parecía que se le hacía de menos.

Aquella partida la formaban Benito "Celemines", que vivía en el Porcarizo, "Cachile", el que vivía en la Torre del Cid, aquel de los labios gordos, que siempre se iban juntos hacia el rodal, recogiendo al paso a Luciano Alaminos en la Puerta Cervera, en la casa del horno, y por otro lado venían el tío "Pinto", "Zamarra" y el tío "Oveja" de por la Mina.

Llevaban dos días y dos noches y al tercer día se presentó la mujer de "Pinto" en la taberna.

Verla de entrar y soliviantarse todos por la que se iba a mover, fué la misma cosa, pero la hermana afrontó bien la situación.

—¿A qué vienes; qué quieres? Fueron las preguntas imperativas de "Pinto".

Y la hermana, sonriente y ceremoniosa, respondió.

—¡Nál; que como te tardabas, he dicho voy a llevarle estos diez duros que hay en la casa, por si le hacen falta, y a eso he venido,

Todos agacharon la cabeza, mirando a las cartas, y la hermana se despidió con la mayor tranquilidad, pasando la nube sin descargar.

¡Qué partidas de secansa! ¡Eran interminables cuando se jugaba a los corridos, que nunca llegaba el momento de beberse el vaso de vino que se jugaban.

"El Cartucho" tuvo, como tantos otros núcleos vitales del lugar, el apoyo tenaz, discreto, pero firme, de la mujer.

Alaminos, Pedro Alaminos Octavio, era una excelente persona, pero la Jesusa fué el verdadero sostén de la casa, el timonel, siempre vigilante y pronto al servicio en toda ocasión.

Jesusa Sánchez Campo, era una de esas mujeres alcazareñas tan digna de recuerdo por su ejemplaridad. Hija del tío Fermín, el de la Vez, que al morir dejó a la mujer con tres chicas, la que se casó con el "Caporalillo", la del "Galgo" y la Jesusa. La mujer puso un horno en el que se formaron las chicas en un medio de austeridad y de trabajo, del que no se apartaron en toda la vida y la Jesusa, además, con los cuidados de su numerosa familia, dió pruebas de un conocimiento, de una entereza y de una resignación verdaderamente memorables y por eso la resaltamos con gusto después de haberla visto años y años debatirse animosa y con sencilla naturalidad ante todas las dificultades de la vida.

Calle de Fray Patricio Panadero

ESTA calle tiene hechura de embudo de boca ancha, abierta al Pozo Coronado, llena de sol, que le compensa de la umbría de la entrada de la casa de Paco «Quinica» y la de Viloslada.

La calle por arriba es sencilla y campechana, como era Panadero, sin enfermedades vanidades, que siempre se llamó Fray Patricio a secas, sin embargo de ser el fraile más destacado que ha tenido Alcázar.

La fotografía está tomada en la parte más despejada de la calle, que es la de la bodega de «Carabina».

Las tres mozas que aparecen en primer término son, de izquierda a derecha, la Carmen de Izquierdo, el de la Alameda, que estuvo casada con un Morano, la hermana de «Estrella», que se casó con el del «Jaro

Lañá» y la Petronila de Cristóbal «Piñón», que se casó con Antonio el de las «Cucas».

En esta calle es donde estuvo la taberna «La Pastora», de Pedro Alaminos, que fué absorbida por «El Cartucho» y precisamente en esta segunda casa de la izquierda de la fotografía. Más acá de la de los «Chozas», donde vivió el tío Juan «el Cocinero», portero de la Estación, patajo, y más allá el tío «Zarcero», después el tío «Chache», a continuación Moroto, suegro de Tejado «el cantaor», la de Librado, la tía Isidra, madre de Basilio el pastor, guisandera de las bodas y Comino, el que fué alguacil, donde vive la Romana la «Patatera».

Frente a estos, en la otra acera, Paco

Paniagua, el corral donde fueron los húngaros, y la Jacinta, madre de los Octavios, Matilla el de la «Sorda del Chato», la bodega de «Carabina» y la casa del «Caporalillo», cerca de la esquina que forma en su vuelta la casa de Juan de Dios. Esa casa fué la del tío Fermín el de la Vez, donde la viuda puso el horno al morir este, según se dice en lo del «Cartucho».

Esta calle, como la demás allá y la demás acá, es decir, Los Alterones y la Mina, demuestran la necesidad que tenía el pueblo de salidas desde el Altozano al Pozo Coronado, pues son tres calles en un pie de tierra, que se dirigen a él dentro del recinto de la plaza.

La que nos ocupa ahora fué desde el principio la principal de las tres, la que



tenía menos carácter de callejón, la verdadera calle del Pozo Coronado y las otras dos, callejuelas accesorias, creadas por los pastores, amigos de rodear, como de no llevar prisa nunca, y sabedores de que se llega a Roma por todos los caminos.

El sol se distribuye de tal manera en el Altozano a ciertas horas, que parece como canalizado por esta vía y siempre se ve por ella, desde bien arriba, a Doroteo en su puerta, con «Pajarillo», el «Manchao» y Gude, el de las Aguas, liando un pito y haciendo escapaíllas al «Cartucho» que queda un poco en la umbría, para quitarse la raspa del gáznate con el «jarabe» de la Jesusa, que era como mano de santo para el picorcillo de la garganta y los dejaba como nuevos, hay que reconocerlo.

Tortas de Alcázar

COMO en Alcázar surge siempre lo inesperado, al publicar en el décimo cuaderno lo de las «Tortas y torteras», se criticó bastante, considerándolo como una falta imperdonable, el que no se dijera la manera de hacer las tortas. Incluso de fuera del lugar y por persona tan entendida como la ilustre folklorista Nieves de Hoyos, se señaló certeramente la omisión.

Quedé verdaderamente sorprendido del reproche, reconociendo lo razonable de la crítica, y debo de confesar que ni siquiera caí en ello, aunque lo sé detalladamente, pero, dispuesto a complacer a los curiosos, vuelvo a encontrarme como cuando se publicó la oración del ajo. La publiqué con toda naturalidad, como si tal cosa, sin reparar que el hacerlo tuviera ninguna trascendencia, pero no tardaron en llegarme insinuaciones y temores de personas que me querían bien, sobre la posibilidad de haber incurrido en el enojo de los hados y las consecuencias que la impremeditada imprudencia pudiera acarrrarme, ya que la oración solo podían decirlo mentalmente, en secreto absoluto, las personas favorecidas con la gracia, adquirida por transmisión, a determinada hora de cierto día del año impregnado de misterios y quien fuera de eso se atreviera a hacerlo, cosa improbable porque nadie quebranta el secreto ante el temor del castigo, pagaría cara su audacia, fulminado por todas las brujas del averno. La inocencia o ausencia de intención con que lo hice me salvó, porque Dios protege siempre esa cualidad

Pues bien, la fabricación de las tortas, que a primera vista parece una cosa corriente, está también rodeada de misterios y tiene sus intringulis, cada uno de los cuales ejerce su gracia y contribuye a la buena calidad del producto, como pasa con la oración, que no basta con decirlo, ha de ir acompañada de los ritos que neutralizan el maleficio para

recuperar la salud. Por algo en Alcázar abunda la gente curandera.

Pero volvamos a Santa Clara, en cuyas labores tomaron pie las tortas, y a las monjeras y monjas, de tan larga vida, que aún perduran un par de centenarias que enlazan con las que vivieron aquí y con las alcazareñas que de aquí salieron para continuar su misión en otras residencias, permitiendo que alguna otra alcazareña actual, muy amante de su pueblo, recoja muchas tradiciones en el seno de la Comunidad, por las cuales le debemos agradecimiento.

Según suponíamos y contra los dichos alcazareños, el Convento era humilde y la fabricación de los dulces su medio de vida, no la satisfacción del gusto de sus ocupantes. Las torteras posteriores de Alcázar, más o menos consideradas,



SOR SOLEDAD
(Saturnina Delgado Barrios)

fueron allí sirvientas, indispensables para las relaciones del horno con el medio exterior.

Además de las citadas en el otro trabajo, pasaron al Convento las herma-



SOR ENCARNACION
(Filomena Delgado Barrios)

nas Saturnina y Filomena Delgado Barrios, conocidas luego en la vida religiosa por Madre Soledad y Madre Encarnación, respectivamente. Eran siete hermanos, estas dos, Domingo el que se casó con la Benigna Ortega, hermana de Marcelo, la de las casas del Paseo, Pablo, el padre de la Escolástica, de Mata y de Pablillo, Carmen la madre de Raboso el carpintero de la calle de la Feria, y de la Concha, que se casó con Alejandro el «Botero» y de la Bienvenida, que se casó con Luis Toribio, la Benigna del estanco de la calle de la Estación, que se casó con el francés Conscience, padre de Julio, Enrique y Félix, y la Micaela, mujer de Domingo Blanco Isaac, también maquinista, gallego, padre de Rafael, Isabel, Teresa y María.

No es poca suerte el poder publicar las fotografías de estas dos monjas alcazareñas, que aunque tienen sello de Madrid deben estar hechas en el mismo

Convento de Villarrubia de los Ojos, donde pasaron su vida, como supone Sor Inés. La M. Soledad, (Saturnina), era la mayor y estuvo de sirvienta en el Convento de Alcázar desde pequeña y luego en el Convento de Malagón 17 años, muriendo en Villarrubia, de Abadesa, el año 1909 y a los 62 años de edad.

Tres años antes—el 1906—había fallecido allí mismo su hermana Filomena, (M. Encarnación), a los 47 años, de un carcinoma de pecho, que mantuvo en secreto casi hasta la muerte, ya que poco antes, su hermana, que era la Abadesa, la vió encogerse por el dolor y la obligó a enseñarle lo que tenía, encontrando destruído todo el pecho ya.

De estar Saturnina, (M. Soledad) en el Convento de Alcázar desde niña, se había encariñado tanto con la Abadesa de entonces, que al irse las monjas de aquí, según parece por falta de recursos, el año 1868, no quiso separarse de ella, aunque no tenía ninguna obligación, y se fué a Malagón con ellas. Era la Abadesa aquella Sor Isabel del Santísimo Sacramento Alfonso Quiralte, valenciana, que profesó en Alcázar a los 23 años de edad en el 1854. Siguió al frente del grupo que se instaló en Malagón y continuó de Abadesa hasta su muerte en Villarrubia, cuyo Convento se fundó el 15 de Octubre de 1885, (el año del cólera), tomando la Saturnina el hábito ese mismo día con el nombre de Sor Saturnina de la Soledad. El mismo día del año siguiente lo tomó su hermana Filomena, (M. Encarnación). Al fundarse el Convento estaban solas la Madre Sacramento y la Saturnina. Esta Madre Sacramento fué la verdadera confitera, la que sabía tanto de pastelería y enseñó a todos y la razón de que hubiera tantas chicas de Alcázar en el horno era por haber muy pocas monjas y tener escasos recursos. La competencia reposteril de la M. Sacramento brilló no solamente en Alcázar sino en todas sus residencias a lo largo de su vida y las ancianas recuerdan todavía con admiración sus habilidades.

La Filomena está en la fotografía con unos señores que parecen matrimonio, pero son hermanos: D. Patricio y D.^a Petra Redondo, nietos del patrono o fundador del Convento y al poco tiempo de fundarse. Lleva velo blanco, indicio de no haber profesado y tal vez fuera la

víspera del día de hacerlo, el día llamado de libertad, que lo pasaban de fiesta con la familia y padrinos, yéndose por la noche al Convento, profesaban al día siguiente y les quitaban el velo blanco poniéndoles el negro, como se ve que tiene la M. Soledad que está, además, fotografiada en el arco reglar de donde no puede pasar ni entrar nadie en la clausura.

Estas fotografías fueron hechas, sin duda, el mismo día, con idéntico motivo, el de la profesión de la Filomena y por un fotógrafo de Madrid llamado Sánchez, llegado a Villarrubia con ese objeto y por mediación de la familia Redondo.

El quedarse sin madre muy pronto llevó al Convento de niñas a estas hermanas, como le pasó a la Balbina y tal vez a la «Monjilla» aunque en estas no se despertara la vocación religiosa.

Eran primas de Viñas, (Jesús Pozo Delgado), ligado este también con Casimiro «el Calero» y con los de la tía Hilaria del Horno. Luego, también Casimiro se casó de segundas con la Mariana de la «Cantera» y ya se ve cómo se va estableciendo la trabazón de la bizcochería.

Pero no es esto solo. La suerte, que tanto favorece al que persevera, me ha traído un libro apergaminado de aquella época, enviado por un amigo de Madrid, que no es alcazareño ni ha vivido aquí nunca, pero tiene aquí a toda su familia y siente tal interés por las cosas alcazareñas, que obliga a considerarlo como alcazareño de calidad: D. Enrique Martín Escribano, ferroviario jubilado y miembro de la familia de los chocolateros de siempre. El libro es de apuntes y cuentas del abuelo materno del señor Martín, (Alfonso Escribano) en el cual se ve que en el año 1833 ya se elaboraba el chocolate por un hermano de Alfonso llamado José Antonio, que se casó el año 1830 y murió el 34, dejando una hija.

Es curioso el libro por los detalles que nos hablan de la vida de aquel tiempo en Alcázar. A la muerte de José Antonio siguió la elaboración su hermano Alfonso, que, después de mucho tiempo lo dejó y terminó sus días de guarda de los árboles del Paseo, por el año 1866, como atraído por el imán de la Estación, donde estaban ya o irían después, casi todos los descendientes de los chocola-

teros, faltando del lugar con este motivo, sin que por eso lo olvidaran, ya que a él vinieron a morir según fueron cesando en sus actividades.

Alfonso, en su segundo matrimonio tuvo 7 hijos, 4 varones y 3 hembras.

Los primeros: Antonio, Pedro, Inocente y Aquilino trabajaron ya en el ferrocarril cuando se inició la vía de Ciudad Real, que se inauguró el 1860, en el mes de Julio.

Las mujeres se casaron, también, con ferroviarios: una con Antonio Prisuolos y otra con Felipe Martín (a) Garrido.

Tuvieron 23 hijos, que por imperativo de los tiempos ingresaron todos en el ferrocarril; uno de ellos es Enrique Martín Escribano, cuyo amor al solar de sus ascendientes se hace bien patente en el espontáneo interés de sus comunicaciones.

Los chocolateros hacían las tareas en las casas y Alfonso detalla los parroquianos, por los que se ve la tradición de los nombres y mote. Es lástima que el libro empiece en el folio doce y tenga otras muchas hojas arrancadas, pues por la meticulosidad de Alfonso se forma idea del interés que tendrían esas páginas primeras de apertura del libro.

En un escrito que elevó al Ayuntamiento el día 21 de Enero de 1834, para que lo relevaran del cargo de alcalde de barrio del cuartel de Santa Quiteria, de esta Villa, para el que lo habían nombrado, dice textualmente: «El exponente ejerce, como es notorio, el oficio de chocolatero con piedra a mano y por lo mismo se halla invertido en preparar y labrar aquel género desde las cuatro de la mañana hasta igual hora de la tarde, poco más o menos, sin intermisión. Durante este tiempo no puede dedicarse a otra ocupación porque de hacerlo se seguiría notable retraso en la molienda del chocolate y además se disiparía este con perjuicio de sus dueños, los que en tal caso dejarían de llamarlo a trabajar a sus casas y entonces se vería privado, sin ganar su subsistencia y la de su familia por no tener otro medio para atender a este preferente y preciso objeto». Cuántas consideraciones de diverso orden pueden hacerse a este interesante escrito. ¡Pero, en fin, está bien claro que el chocolate lo hacía a mano y que iba a las casas que lo llamaban.

En el libro hay varias relaciones de esas casas y de las tareas que hacía en cada una. Citaremos una relación como ejemplo, formada con las de los años 1833 y 1834.

«Parroquianos donde se trabajó el año 1833. Doña Juliana Pérez Pedrero. Braulio Vela. Cirilo Marchante. María Guillén. Quiteria Fernández de Yébenes. Vicente Núñez. Aniceto Rosado. Francisco Sánchez Escribano. Alfonso el «Covillo». Vicente Pozo. Antonio Monje. Gala Bustamante. Doña Gregoria López Guerrero. Francisco Cárdenas. Andrés Roper. «Las Cheleras». Diego Castellanos. Francisco Castellanos. Fray Pablo «el Lector». Don Rafael Marañón. D. Pedro Alvarez (Peseta). D. Diego Alburquerque. Joaquín Villarejo. Patricio Guerra. Cristóbal Pantoja. D. Jesús Fernández Cordero. Leandro Miguel. Antonio Serrano. D. Francisquito Aguilera. D. Alonso Amandi Ribero. El Conde de las Cabezuelas. Don Pedro Trupita. Francisco Cárdenas. José Antonio Escribano. Francisco Arribas. D. Juan Moreno. José Sotero Arias. Miguel Racionero. Juan «el Capador». Bernardo Vargas. Patricio Díaz Cuerba y Vicente Pirralda.»

Son muy numerosas y detalladas las cuentas de cacao y canela, únicas materias que empleaba, por meses y años, a cuatro reales la libra de cacao. Véase alguna.

El día tres de Octubre de 1831 trajeron del Quintanar 120 libras de cacao y tres de canela; el cacao a 29 cuartos y la canela a 43 reales y le vendieron a la Rosa cinco onzas de canela a 54 reales; a la hermana 22 libras de cacao y nueve onzas de canela. A la Isabel de Juan Grande 21 libras de cacao y 8 onzas de canela. A Isabel la del «Tábano». A Paco «el Pabo». A la María de «Cebailla». A Bernardo «el Mozo». Al tío Cabo Marchante. Al «Cacho» etc. cada uno su cuenta por el orden de los anteriores.

Las «Cheleras» figuran muchas veces y Victoriano Mayorga, vecino de Madrid. La «Pinacha». La hermana «Faca». Una partida fuera de las corrientes: le dí a Antón para la lotería seis reales. El tío Marchante. El tío «Muñuclos». El padre Visitador. El tío Pantoja. Uno del Campo. La «Pámpana». A Romero. A Francisco Cárdenas. A la «Mira». A la «Covilla». A la Paz de Cirilo. Al tío Brau-

lio» etc.; el estilo no puede ser más alcazareño.

Queda bien claro que los Escribanos, a los que se les ha conocido siempre por los chocolateros y de los que indudablemente procedió Ambrosio, el de la Gregoria, tan popular en la época recordada en esta obra, formaron el núcleo primero de artesanos de esta labor en Alcázar.

Nosotros habíamos dicho, un poco intuitivamente, que antes del tren todo venía del Quintanar, de donde vino, también, Espinosa, y ya se vé que no íbamos descaminados por las cuentas del cacao y de la canela que nos legó Alfonso en su libro. Es igualmente lógico deducir, de una época en la que no eran posibles ni necesarias las especializaciones, que los chocolateros eran, también, confiteros y pasteleros; todos los viejos lo recordarán así, como lo fué el famoso pastelero de Madrigal, no siendo extraño que hicieran tortas desde que empezaron a fabricarse, como se sabe de Espinosa, pues el arte no es tan difícil ni tan secreto como se decía antes, cuando se escondían y hasta se encerraban para hacer su trabajo y no solo en la bizcochería, aquellos a quienes el oficio había hecho maestros.

Pero se ha de saber,—y aquí viene lo que no han de olvidar los curiosos,— que para hacer una cosa no basta conocer sus ingredientes. Lo del arte, la manera de hacerla, viene después y esto sí que es lo especial y personal de cada uno y hace distinguirse y apreciarse lo ejecutado por cada cual, llevándose la palma de la fama por su arte, fuera de todo secreto, por el mérito que proclama la voz **pópuli** a la más perfecta ejecución. Eso es lo que define las categorías dentro de los oficios y profesiones y no los pretendidos secretos; el punto de las cosas y el conocimiento de las materias que se manejan, adquirido con la experiencia.

Todo el mundo sabe que las tortas no tienen más que huevo, harina y azúcar y sin embargo no todos ni siempre sacan el punto ideal, porque les falta amor al arte o se distraen en la ejecución o les falla algún detalle de experiencia en sus apreciaciones de las cualidades de las primeras materias, cosa esencial cuando se trata de llegar a lo exquisito, porque los mismos huevos, que parece que son en lo que menos in-

terviene la mano del hombre, son muy distintos unos de otros, según las razas de gallinas, las comarcas en que se crían y la alimentación que tienen. Unos son más aguanosos que otros, dicen los menestrales y ya es bien significativa su diferente coloración. Y lo mismo pasa con las harinas y azúcares y sus mezclas.

Después viene el trabajo de batir y cocer, y las temperaturas respectivas, que es donde está el secreto, pero no el secreto ese atrasado y primitivo que se tiene miedo de explicar, sino el secreto que no tiene explicación y que por lo mismo debería divulgarse en beneficio de la industria y de su porvenir, que no podrá sostenerse con los métodos domésticos del hacho, del chorreo del dedo, la palpación de la caldera y el color del horno, como si la ciencia no tuviera recursos para determinar más exactamente las densidades y temperaturas. Todo será cuestión de ensayos y de gusto en el trabajo, para que cada uno perfeccione su secreto, el suyo verdadero, no el de las tortas, con nuevos detalles que lo hagan maestro insuperable en su arte y la fama de Alcázar crezca por todas partes con la de sus tortas incomparables.

Queda, pues, explicado, lo que son las tortas. Una labor artesana surgida al calor de las golosinas elaboradas por aquella monjita valenciana, extendida por los servidores del Convento y sostenida por sus sucesores y confiteros del lugar. Esta monjita fundó escuela en su arte, como el «Cardaor», y su mérito se infiere de la perduración y de la propagación.

Vino de un pueblecito valenciano, de aquel tiempo y muy joven. Por lo tanto sin ninguna preparación brillante

o acabada. Nos la imaginamos conforme, diligente siempre, jovial y contenta entre la pobreza, aprovechando los recursos mínimos que entonces podía ofrecer Alcázar para hacer filigranas de confitura, poco menos que jugando con aquel grupo de arrapiezos que le fueron entrando de la calle: la «Monjilla», la Balbina, la Saturnina, la Filomena... que fueron quedando unidas, como las moscas a la miel, al encanto del Convento, simbolizado por esta valencianita que derramaba sobre las chicas sin amparo su cariño y su enseñanza, la seducción del amor, la generosidad del amor, que induce a afrontar con gusto cualquier dificultad por no separarse de él y por eso la Saturnina emprendió el éxodo y sus penurias, sin obligación de hacerlo, por no poder separarse de aquel imán del cariño de Sor Sacramento.

Como todos los idealistas, esta monja fué desprendida; daba cuanto tenía, sin duda; por eso aquellas chicas hicieron luego las labores del Convento y de haber continuado el magisterio de la Madre Sacramento aquí, su temperamento levantino hubiera enriquecido mucho la industria tortera, que no tiene ningún misterio. El secreto es el secreto de todos los trabajos. Cualquiera puede adueñarse de ellos. No necesitan para hacerlos bien, que es el secreto del triunfo, más que consagrarles la vida con ilusión y de esa manera lograrán lo que se propongan. Todo lo demás vendrá solo: se lo darán por añadidura, como dice el Evangelio. Y como decía Castillo: haga usted un trabajo cualquiera, aunque sea hacer jaulas para grillos, pero hágalas mejor que nadie y la gente hará una senda a través del monte para ir a quitárselas de las manos.



Las cuentas no son cuentos

En el libro de Alfonso Escribano a que se hace referencia en el tema de las tortas, hay otros muchos detalles dignos de divulgación por referirse a la vida alcazareña de la primera mitad del siglo anterior. Veamos algunos epígrafes:

«Relación de lo que trajo mi mujer al matrimonio.—Encarnación Bustamante.

Un colchón	70 reales
Dos mantas de pañete	144 id.
Una sobre coleha de percal	70 id.
Una delantera	60 id.
Tres almohadas	30 id.
Otras tres	18 id.
Una sábana con guarnición	38 id.
El esparto	12 id.
Otra manta vieja	0'8 id.
Seis sillas	24 id.
Unas cortinas de indiana	20 id.
Un baúl	40 id.

Ropa de su cuerpo

Una basquiña	94 reales
Una saya celeste de estameña	94 id.
Otra azulada de estameña	94 id.
Otra de percal	36 id.
Una mantellina	80 id.
Un rosario	0'2 id.
Un abanico	0'8 id.
Una pañueleta de vara y media	55 id.
Un pañuelo de merino	36 id.
Una pañueleta de cinco puntas	18 id.
Otra de a vara	13 id.
Un pañuelo de flores	46 id.
Otro pañuelo	20 id.
Unos arillos de oro	35 id.
Un sartal de cuatro vueltas de aljófara con algunos ochos de plata encima	100 id.
Un jubón de pana	30 id.
Dos camisas	40 id.
Dos pares de zapatos	16 id.
Unas medias de estambre	0'8 id.
Un mandil de percal	0'7 id.

Importa todo Mil cuatrocientos treinta y cuatro reales.

Por lo que se refiere al dote del hombre, hay otra partida que dice:

«Relación de lo que entregó María Josefa Utrilla a su hijo Leandro, cuando se casó con Isabel Carrillejo el año 1834.

Una capa encrimacada	160 reales
Un vestido de paño negro y chaleco	140 id.
Una manta de jerga	40 id.
Un vestido encrimacado y chaleco	60 id.
Un arca de pino	20 id.
Una montera de paño negro	10 id.
Unos zapatos	20 id.
Una faja de estambre	20 id.

Un mudado de ropa blanca	30 reales
Otro mudado de ropa blanca	20 id.
Tres pañuelos de faltiguera	10 id.
Unas medias celestes	16 id.
Unos pantalones	10 id.

Importa todo lo que llevó Leandro Sánchez Escribano, cuando se casó con la Isabel Carrillejo en el año 1834, Quinientos cincuenta y seis reales.

Veamos cómo apanó después Alfonso a su hija.

•Relación de lo que le dí a mi hija Isabel de dote:

Dos mantas de pañete	120 reales
Una colcha	120 id.
Dos almohadones con fundas y lana	60 id.
Una sábana	20 id.
Una delantera	60 id.
Un jergón con esparto	60 id.
Una cubierta	10 id.
Un paño para la cabecera	23 id.
Una cama de madera con la cordelatura	30 id.

Ropa de su cuerpo.

Una basquiña	82 reales
Una saya azulada	80 id.
Una saya celeste	80 id.
Una de bayeta azul	60 id.
Una de chapa	30 id.
Una de indiana	26 id.
Una mantilla de franela de cinta del 4	81 id.
Una saya de percal	16 id.
Una mantellina de bastilla	16 id.
Un jubón de estameña	18 id.
Otro jubón	20 id.
Un jubón de indiana	10 id.
Un pañuelo de merino	38 id.
Un pañuelo de estambre	33 id.
Un pañuelo de color de rosa	12 id.
Un pañuelo de China	13 id.
Un pañuelo francés	13 id.
Un pañuelo verde de raso	20 id.
Un pañuelo blanco	0'8 id.
Una pañueleta de peso	21 id.
Otra de la India	10 id.
Dos camisas	22 id.
Dos mandiles	12 id.
Unos zapatos de pana	10 id.
Medias tres pares	20 id.
Un abanico de hueso	12 id.
Un abanico	0'4 id.
Un rosario	0'2 id.
Un paño de barba	0'3 id.

Trastos de casa.

Seis sillas de sala	75 reales
Un baúl	50 id.
Una mesa con su cajón	30 id.
Unas cortinas aviás	18 id.
Una barreta	0'3 id.
Un espejo	0'8 id.

Ocho santos a 4 reales	32 reales
Cuatro taburetes	40 id.
Una almirez	16 id.
Una sartén	0'6 id.
Una cuchara de hierro	0'2 id.
Un cazo	0'5 id.
Unas tenazas	0'4 id.
Un candil	0'2 id.
Un tranco	0'2 id.
Un baleo	0'2 id.
Una tinaja	0'4 id.
Un tapón de tinaja	0'2 id.
De vedriao	16 id.
Un jarro de aceite	0'3 id.
Una alcuza	0'2 id.

Total todo lo de la Isabel, Mil setecientos noventa y tres reales.

La curiosidad de Alfonso se extiende a todos los aspectos de su vida.

Veamos otros detalles:

«El día 6 de Septiembre de 1834, me se enredó una enfermedad de tabardillo estando bastante malo muy a los fines, pero quiso Su Majestad que lo resistiese al término de 40 días que estuve solo a aguas de naranja, limón y cebada, que solamente me mandaban los médicos».

—:—

«El 11 de Mayo de 1833 nació mi hijo Domingo y lo sacó de pila su tía María Román, siendo cura párroco D. Matías el "Diablo", viviendo en la calle Ancha, en la casa de Francisco Cárdenas».

—:—

«Relación de lo que mandó mi mujer cuando estaba en finamentos, teniendo un hijo que nada podía haber mandado y dijo: si el hombre quiere, que yo no puedo, mandas, a la madre una saya de estameña azul, y la pañueleta que llevé al matrimonio se la mando a la Casimira su hermana; otra pañueleta a la María, que tenía nueva, que no se la había puesto más de dos veces; un pañuelo de China a la Leandra y los arillos de oro a la Pilara».

—:—

«En el año 1834 murió José Antonio Escribano, hijo de María Josefa Utrilla y de Juan Francisco Escribano, difunto. En el mes de Noviembre fué su muerte, en los días de tabardillo y pulmonía que aunque con los médicos y las recetas fueron todos muy tarde. Murió el 18 de Noviembre, San Máximo y San Román, a las seis de la noche y quedó la viuda con una niña de 17 meses en su acompañamiento, llamada Bernabela».

—:—

«Cuenta del entierro de Francisca Román:

Frailles	34 reales
Cabildo e insignias del hospital	38 id.
Cantos de Iglesia	120 id.
Sepulturas	4 id.
Unas velas para llevar al rezo	40 id.

Murió el día 9 de Julio de 1835 y me dejó un hijo llamado Domingo, con edad de 26 meses y la difunta tenía 26 años y medio y gozó de matrimonio cinco años y medio».

—:—

«Cuenta del barbero por el año 1839. Dí al barbero 10 reales a cuenta de su trabajo.

—:—

«El año 1834, fué incluido Leandro Escribano en Argamasilla para el sorteo de quintos, que se celebró el 16 de Marzo. Lo nombraron a las seis suertes y sacó

el número 9 de once mozos que entraron. Aunque puso exención a estar defectuoso del pecho, fué reconocido por los físicos y lo dieron por útil para el servicio de las armas.

—:—

«Cuenta de las ovejas que se mueren, que tiene Juan Carreras de mi hermano. Primero, el 23 de Septiembre me trujeron un salón. El día 7 de Noviembre me trujo otra muerte el mayoral. Y así hasta quince».

—:—

«El año 1855 siembro con Sebastián tres anegas de simiente de salicón que importaron 50 reales de primera para sembrarlo».

—:—

«Relación de lo que importaron las honras que se hicieron el año 1833 por Antonio Ximénez Sosa.

Cera gorda	20 reales
Misa cantada y vigilia	30 id.
Cuatro misas de punto	24 id.
Bajada de la Comunidad a cantar el responso	id.
Túmulo grande con 40 velas	22 id.
Sermón que predicó el lector Fray Pablo García	40 id.
Organista y bicario de coro	60 id.
De campanas	12 id.

Cadenas puso la cera menuda y no le dí nada.

La cera gorda la puso el tío José Paniagua por 20 reales.

Puse por la cera gorda un recibo de 50 reales y también puse que le dí a Cadenas 06 reales.

—:—

«Año 1835.—Cuenta de lo que he gastado en sembrar cuatro fanegas de tranquillón que sembré a medias con mi cuñado Florentín en los Marotonés, de rastrojo, 82 reales».

—:—

«Cuentas de los alcabaleros.

El día 5 de Febrero di a Comino	2 reales
El día 6 de Abril di a Comino	2 id.
El día 1 de Mayo di a Comino	2 id.
El día 1 de Junio di a Comino	2 id.
El día 1 de Julio di a Vicente	2 id.
El día 3 de Agosto di a Francisco	2 id.
El día 6 de Septiembre di a Pepe	2 id.
El día 4 Octubre di a Pepe	2 id.

Hay otras cuentas de alcabalas con otros cobradores».

—:—

«Cuenta con lo que llevo gastado en las patatas que sembré a medias con mi tío Castro desde el día 21 de Mayo de 1833.

Por cinco arrobas de patatas simentales a tres reales 15 reales

Por sembrarlas llevaron 0'8 »

—:—

«El día 21 de Octubre de 1832 le compré una oveja a José Velasco Mallares en 39 reales, que fueron los primeros que gasté.

En vísperas de San Pedro le dí a Velasco 4 reales de guardería de la oveja.

La dicha oveja cría aquel mismo año una borrega negra con una corona en la frente blanca.

El 14 de Julio compré una borrega negra en 23 reales.
El año 34 crió la oveja de Velasco un cordero negro
El mes de Mayo se murió la oveja».

—:—

«Gastado en fanega y media de candeal que sembré en Diciembre de 1832.
Una fanega de candeal y una cuartilla. El candeal a 44 reales.
Para sembrarlo se gastaron tres obradas de yunta que fué cada una a diez reales. No se pudo segar de malo que estuvo».

Estas relaciones, unidas a las publicadas en los fascículos anteriores, sobre todo las debidas a los apuntes del tío Antonio «El Pití», dan una idea bastante aproximada de lo que era la vida en Alcázar por aquellos años



ESTA estampa de antiguas costureras, con figurines y todo, tiene para mí dos notas de especial afectividad, que son la razón de que se publique.

Es el taller de Clara, la alicantina, guapa y frescachona mujer, esposa de un maquinista levantino y hermana de la Sebastiana, que se casó con Zúñiga,—José Manjavacas,—también maquinista, que vivió en la calle de la Luna hasta que hizo la casa de la calle de la Estación.

La hermosura de esta mujer dió algo que hacer a los del sexo feo y a ella, que por muy halagada que se sintiera, tuvo que hacer muchos equilibrios para contener el asedio y que no se alterara con exceso la tranquilidad de su hogar.

Tuvo el taller en la calle Nueva, más allá de Soledad, lugar apartado y menos transitado que el Paseo, donde antes vivió y el buen Miguel Máximo, su esposo, se so-

liviataba con el continuo subir y bajar de los estacionistas, sus compañeros, que le parecía se la iban a quitar.

La que está en la máquina, es la «Comina de Cabrera», hermana del mudo y la del vestido al brazo la Rosalía la «Garrida».

Debajo del figurín, repeinada y con pañuelo al cuello, la Santiaga de «Peluza» y sentada, con flequillo rizado y toquilla de rayas blancas, la Antonia de la «Moracha», las dos unidas a mí por lazos de sincero afecto y la Antonia también por el parentesco, pues su padre, hijo del tío Miguel y Medio, estaba emparentado de cerca con las Benalaques de la abuela Rufina.

Todas las «Morachas» han sido de un carácter abierto y de un trato muy agradable y la casa de esta, en Madrid, fué la primera que visité allí, en la calle de San Cosme, frente a las caballerizas del Palacio de Fernán Núñez, donde solían ir los Reyes, empezando a ver el tren de la gente gorda, cuyos detalles me hacían observar la Antonia y la hermana Paz, desde mi llegada del pueblo. Después viví con ellas en la calle de los Tres Peces varios años. Nunca las olvido, como a la Santiaga de «Peluza» cuya madre, la Joaquina, es uno de los recuerdos más firmes y gratos de mi niñez.

Sucedidos

Angelillo el «Extremao», estaba de pastor en casa de don Inocente. La señora de este tuvo una niña y no podía criarla. La del Angelillo, en cambio, estaba criando una muy lustrosa y pensaron que podría criar a las dos, pero D. Inocente, suspicaz, temía que pudiera encanijarla y para evitarle mandó al Angelillo al monte con el ganado y estuvo dos años sin venir al pueblo ni ver a su mujer e hijos.

El rasgo le valió un apodo justo: el «Extremao», porque lo fué.



Los hermanos «Quico» y el «Moreno» del tío Joaquín Vela, salieron de quintería un lunes, temprano, por la Puerta Cervera y al cruzar por los montones de basura de la cuesta de La Altomira, vieron uno muy grande y dijo «Quico»:

—¡Vaya montón de basura!

Siguieron en silencio, como era habitual en ellos y no cambiaron la palabra en toda la semana.

Al volver el sábado y pasar por el mismo sitio, dijo el «Moreno»:

—¡Pa melones!

Y continuaron su camino, como si tal cosa.

Esas dos frases, separadas por un silencio de ocho días, fueron las únicas que cambiaron en toda la semana.



Otro sucedido, cuya autenticidad no se ha podido comprobar con la persona a quien se atribuye y que vive, ocurrió entre un padre y un hijo que no le hablaba nunca.

El padre, muy conocido, cansado de esas maneras, quiso hacerle hablar y estando trabajando en el campo, le dijo que le ayudara a hacer las gachas para almorzar.

—Tú, mueve la harina, que yo echaré el agua, le dijo.

Empezó a darle a la cuchara y el padre iba echando agua muy poco a poco, sin despegar el pico ninguno de los dos.

Se llenó el caldero, revertiéndose y apagando la lumbre, y entonces, el hijo exclamó:

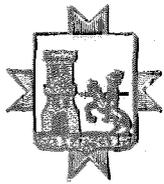
—¡¡Güenóóó!!

Y se tuvieron que sorber las gachas con carrizo.



Manuel «Sopas», cuando veía a las mujeres con las botellas de ir a por vino, les decía, aludiendo al hombre:

—Qué, ¿es que tiene Fulano los ojos malos y vas a por algún agua a la botica?.



CASTELLANOS, ELEEN. 506. ALCAZAR

Depósito Legal C. R. 83-1961

N.º de Registro C. R. 3053-61